

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Asesoría política

Brigitte y Frank Minello son atacados por dos hombres en el aparcamiento del Morning News. Parece que tienen intención de matarlos. Lógicamente, la primera impresión de Brigitte es que van a por ella, pero pronto se convence de que no: a quien quieren matar es a su amigo Frankie.



Lou Carrigan

Asesoría política

Brigitte en acción - 238

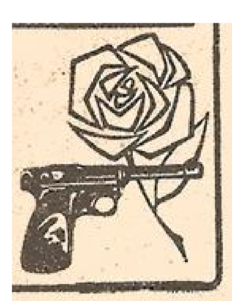
Archivo Secreto - 234

ePub r1.0
Titivillus 07.08.2017

Lou Carrigan, 1977
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

—¡HÓLAAA…! ¡Muy buenas noches a todoooosss!

Como siempre, la entrada de Frank Minello, fue de lo más espectacular y vocinglera, causando el sobresalto a los reunidos.

Simón-Floristería casi se vertió encima el contenido de la copa que alzaba en aquel momento. Charles Alan Pitzer respingó con tal fuerza que la pipa salió despedida de su boca. Solamente Brigitte Montfort se salvó, a medias, haciendo gala de su serenidad…, y de su gran conocimiento del querido amigo. Lo estaba esperando, había oído la llamada a la puerta del apartamento, y había visto a Peggy cruzar por el pasillo para ir a abrir. Y como sabía que Frankie nunca entraba calladito y calmado, había estado «casi» prevenida.

Así que consiguió sostener la copa decorosamente, y obsequiar al queridísimo Frankie con una media sonrisa.

—Buenas noches, Frankie. ¿Quieres una copa de «Perignon»?

—¿Champaña? —aulló Minello—. ¡Yo, de tus manos, tomaría veneno, reina mía!

—Pues lo siento —rió Brigitte—, pero en estos momentos no dispongo de ninguna dosis. Estás muy elegante…

Minello se echó un vistazo a sí mismo, de arriba abajo… Bueno, a decir verdad, no estaba nada mal. Tenía muy buena facha, era un tipo atlético, y, ¿por qué negarlo?, el esmoquin le sentaba estupendamente.

Pero, después de mirarse a sí mismo, volvió a mirar a Brigitte. Ésta llevaba un vestido de noche escotadísimo, y, sobre la maravilla de sus hombros desnudos, la delicada garganta parecía de seda y de oro… Todavía más arriba, y dando luz al bellísimo rostro, los grandiosos ojos azules constituían el más dulce y puro espectáculo que un hombre pudiese contemplar. Sentada en el sofá de su lujoso salón, con el más genuino aire de una reina encantadora, la señorita Montfort, alias *Baby*, la espía más peligrosa del mundo, era la

imagen de la belleza natural y absoluta…

—¿Elegante? —balbuceó Minello—. ¿Elegante, yo?

—Claro, Frankie.

Minello dio unos pasos más, y cayó de rodillas ante las de Brigitte.

—¡Tú sí que estás elegante! —Abrió los brazos como clamando al cielo—. ¡Tú sí que eres bella! ¡Tú sí que eres celestial! ¡Tú sí que…!

—¡Tú sí que eres tonto! —volvió a reír Brigitte—. ¡Haz el favor de ponerte en pie!

—¡No! —gritó Minello.

—¿Cómo que no? —Frunció el ceño la divina espía.

—¡No y mil veces, no! ¡A ti hay que contemplarte de rodillas, viéndote muy por encima, como un ángel, como una…!

—Cada día es más cretino —refunfuñó Pitzer, que había recogido su pipa de la alfombra.

Minello le miró como si acabase de picarle. Y quizá fue así, porque se llevó una mano a la garganta, y gritó:

—¡Ay!

—¿Qué te pasa? —se alarmó Brigitte.

—¡Acaba de picarme una tarántula! ¡Mejor dicho, me ha arrojado su maligno veneno!

—Las tarántulas no arrojan veneno, Frankie.

—¡Pues ésta sí que me ha arrojado veneno! —señaló Minello a Pitzer—. ¡Con su emponzoñada mirada acaba de inocularme veneno suficiente para matar a diez ballenas! Pero… ¡Ah, ni así conseguirá librarse de mí! —Caminó todavía arrodillado, agitando los brazos como un gladiador triunfante—. ¡Yo soy fuerte, soy grande, soy poderoso, soy…!

—Eres tonto —rió de nuevo Brigitte—. Ven a sentarte a mi lado, y bebe un poco de champaña. Nos iremos en seguida.

—No comprendo —farfulló Pitzer, mientras Simón-Floristería sonreía mirando con simpatía a Minello— cómo puede usted soportar a este botarate, Brigitte.

Minello le miró, le hizo una mueca bizqueando los ojos y sacando la lengua, y luego miró a Brigitte, que seguía sosteniendo su copa.

—Reina mía —dijo—: ¡permite que tu catador se asegure de que

no tienes veneno de tarántula en tu copa! ¡Deja que sea tu esclavo quien corra todos los peligros!

Rodeó con su mano la de Brigitte, y la acercó a su boca. La besó…, y luego se bebió el champaña que quedaba en la copa. Simón se echó a reír de buena gana, mientras Brigitte, a punto de hacerlo una vez más, preguntaba:

—¿Está envenenado?

—Pues yo diría que no…

—Menos mal.

—Pero, reina mía, quizá alguien haya colocado veneno en tus labios… ¡Permíteme que cate tus labios, que té libre del veneno que algún enemigo traidor haya depositado en ellos!

—¡Oh! —Respingó la divina—. ¡Sería terrible! ¡Santo cielo, Frankie, tienes que salvarme!

Frank Minello se quedó mirando con expresión desorbitada a Brigitte. Luego, acercó su simpática bocota a los sonrosados labios, depositó allí un suave beso…, y se desmayó, quedando tendido en el sofá junto a Brigitte, que abrió mucho los ojos, y exclamó:

—¡Dios mío, sí que tenía veneno en mis labios!

Frank Minello abrió los ojos, los puso en blanco, y exclamó:

—¡Aaaayyyy…!

Y volvió a cerrar los ojos, simulando estar desmayado. Simón volvía a reír, pero Pitzer tenía el ceño fruncido.

—Es una lástima —dijo— que eso del veneno no haya sido verdad.

Frankie alzó un instante la cabeza, y gritó:

—¡Envidioso!

Y volvió a «desmayarse».

—Bueno —dijo Brigitte—, tendremos que seguir la conversación en otro momento, tío Charlie: debo ocuparme del sepelio de Frankie…, que en paz descanse.

—Es inadmisible que una conversación como la que sosteníamos sea interrumpida por este cretino —refunfuñó Pitzer—. Pero, en fin, si tienen que…

—¿Y de qué hablaban? —preguntó Minello, sentándose.

—A usted no le importa —gruñó Pitzer.

—Hablábamos de la CIA —dijo Brigitte—. ¿Qué opinas tú de la CIA, Frankie?

Frank Minello se quedó pensativo. Luego, sirvió más champaña en la copa de Brigitte y en otra; esta otra fue la que tendió a Brigitte, mientras él se quedaba con la de ella…

—¿La CIA? —murmuró—. Si no estuviese Brigitte delante, definiría a la CIA con una sola palabra, malsonante y maloliente que empieza con M.

—Tenga cuidado con lo que dice —deslizó Pitzer.

—Y ustedes, tengan cuidado con lo que hacen —Minello miraba torvamente a Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA—. Sí, tengan mucho cuidado con lo que hacen, porque ya ha podido ver que, tarde o temprano, todo se descubre. Incluso los sucios secretos de la todopoderosa CIA, como ese de que durante años se han estado dedicando a espiar a los propios ciudadanos norteamericanos.

—Precisamente de eso estábamos hablando —murmuró Brigitte—. De ese espionaje al que la CIA ha sometido a diez mil norteamericanos que…

—¿A diez mil? —La miró vivamente Minello—. ¡Linda cifra, mi amor eterno! Cuando se ha descubierto o dicho que la CIA espiaba a diez mil personas, es que realmente está espiando a un millón…, por lo menos.

Brigitte bebió un sorbito de champaña, y miró a Pitzer, con expresión amable.

—¿Se da cuenta, tío Charlie? Acaba de quedar demostrado que Frankie *hace* tonterías a veces, pero no es tonto. Lo cual, como se comprende fácilmente, no es lo mismo. Yo estoy de acuerdo contigo, Frankie.

—¡Toma, claro, porque tú tampoco eres tonta! —exclamó Minello—. ¿Y qué me dicen del FBI, eh? ¿Eh, eh, eh? ¿Qué me dicen del inmaculado FBI, que no tiene nada que envidiar a la CIA? ¡No me sorprendería nada que tanto en la CIA como en el FBI tuviesen fotografías mías mientras me estoy afeitando!

—Bueno, Frankie, eso tampoco debe sorprendernos demasiado —deslizó Brigitte.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es lógico que la CIA y el FBI practiquen el espionaje.

—¡Zambomba! ¿Me estás diciendo que estás de acuerdo con

esa… porquería?

—Claro que no —negó Brigitte—. Todo lo que digo es que nadie debe sorprenderse de que unos organismos que cuenten con medios para espiar, pues… espíen. Es lo mismo que asombrarse porque nos hemos quemado con una llama. No estoy de acuerdo con la CIA, pero tampoco me sorprendo, ni me escandalizo.

—Quizá te escandalizarías si supieses que también a ti te estaba espiando la CIA. ¡Pero, claro, como a la agente Baby no la van a espiar sus propios…!

—Te equivocas —susurró Brigitte—: estoy en las listas, con el número siete. Y lo sé hace bastante tiempo.

Frank Minello palideció.

—Eso, además de una cochinada —masculló—, es una imbecilidad. Mira, se me revuelven las tripas hablando de eso, Brigitte, así que hablemos de otra cosa.

—Sugerencia aceptada —sonrió ella—. ¿De qué podemos hablar?

—Mmm… Del campo, del sol y de las flores.

—¡Excelente idea, Frankie!

Pitzer se puso en pie, siendo imitado rápidamente por el silencioso Simón.

—Ahora que recuerdo —dijo—, tengo cosas que hacer.

—Pues vaya a hacerlas con viento fresco —dijo Minello—. Como dice aquella poesía: váyase viento en culo a toda vela.

—Frankie, la poesía dice viento «en popa» a toda vela —rió Brigitte.

—Bueno: ¿acaso la popa no es el culo del barco?

Simón volvió a reír. Pitzer se acercó a Brigitte, y se inclinó a besar su manita.

—Espero que…

—¡Horror! —Se aterró Minello—. ¡Ahora sí que acaban de depositar veneno en tu mano, Brigitte!

—Espero —masculló Pitzer, armándose de paciencia— que nos volveremos a ver pronto, Brigitte.

—Pero, ¡cómo! —Se pasmó Minello—. ¿Eso quiere decir que se va usted, sin haberle encargado a Brigitte una misión que pueda costarle la vida? ¿Debo entender que ha venido aquí en simple visita de cortesía? ¿O ha venido a espiar a la persona que tiene el

número siete en las listas de la CIA?

—Váyase al demonio —mascculló Pitzer—. Buenas noches, Brigitte. No se moleste en acompañarnos.

Se dirigió hacia la salida del salón. Simón se inclinó sobre la mano de Brigitte, y luego miró a Minello y le guiñó un ojo…

—Ese sí que es simpático —dijo Minello, cuando los dos espías se hubieron marchado.

—Yo creo que te metes demasiado con tío Charlie, Frankie. Y a fin de cuentas, no es cierto que lo odies.

—Pues no…, ¡pero me divierto! ¿Qué? ¿Nos vamos ya?

—Terminemos esta copa de champaña…: Por cierto: ¿No ibas a hablarme del campo, el sol y las flores?

—Pues sí —sonrió Minello—. Esta mañana estuve en el campo. Y había flores, y pájaros, y lucía el sol…

—Un precioso días de invierno, según parece. ¿Y qué fuiste a hacer al campo, Frankie?

—A hacer un poco de *footing*, ya sabes. Voy un par de veces por semana. ¡Hay que estar en forma! Además —Minello sonrió, como disculpándose—, estoy escribiendo un libro.

—¿Estás… qué? —Se pasmó Brigitte.

—Escribiendo un libro… De boxeo, claro.

—Aaaaah… ¡Eso es muy importante, Frankie!

—Bueno, espero que lo sea. Un libro con fotografías. Tengo la pretensión de enseñar algo a algunos muchachos que ahora empiezan, así que, recordando mis buenos tiempos del *ring*, estoy preparando ese libro, que abarca desde que un muchacho entra por primera vez en un gimnasio, hasta que puede considerarse preparado para un combate en serio. Ya sabes: régimen alimenticio y de vida general, entrenamiento básico, entrenamiento especializado, algunas pequeñas argucias legales para soportar un combate de quince asaltos,…, Todo eso. Supongo que te parece una tontería por mi parte.

—Claro que no —se sorprendió Brigitte—. ¡Por supuesto que no me parece ninguna tontería, querido! Todo lo contrario… Y hasta me gustaría ayudarte, si puedo hacerlo en algo.

—El libro es de boxeo —refunfuñó Minello—, no de judo o karate.

—Bueno —rió todavía una vez más Brigitte—, pero quizá yo

pueda ayudarte en algo, hombre… ¡Podía tomar las fotografías!

—Estupendo —sonrió de oreja a oreja Minello—. El próximo día de *footing* pasaré a recogerte a las cuatro de la mañana…

—¡Dios mío! —gimió Brigitte—. ¡Las cuatro de la mañana! ¡Has encontrado a alguien que se preste a ir contigo para tomarte fotografías de entrenamiento… a las cuatro de la mañana!

—Claro que sí. Conoces a Terry, ¿no es así?

—¿Terry Dunhill? Ese es nuestro mejor fotógrafo del *Morning News*, ¿no?

—Exacto. Esta mañana hemos ido juntos al campo, y, en cuanto ha salido el sol, se ha dedicado a tomar fotografías. Pero no gratis: tendrá su tanto por ciento en los derechos de venta del libro.

—Me parece lógico: quien trabaja, debe percibir una retribución por su trabajo. ¡No faltaría más!

—¿Y cuánto me cobrarás tú? ¿Qué comisión?

—¿Yo? Bueno… ¿Te parece bien que me invites a cenar una vez al mes durante… veinte años?

Minello la miró con expresión desorbitada.

—¡Pero eso no es pagar nada por mi parte, sino todo lo contrario, aún salgo más beneficiado! ¡Yo te invitaría a cenar todos los días, te…!

—Bueno, bueno… Y hablando de cenar: yo creo que ya deberemos irnos; Frankie. ¿Reservaste la mesa?

—¡Zambomba, claro! Oye: ¿no se molestará el tipo de Villa Tartaruga porque te lleve a cenar, los dos solos?

—¿Número Uno? —La sonrisa de Brigitte fue resplandeciente—. Pues no sé… ¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Porque estás muy lejos, en esa tonta isla llamada Malta.

—Puedes enviarle un telegrama por teléfono —Brigitte señaló el aparato, poniéndose en pie—. Mientras tanto, voy a buscar mi abrigo.

Salió del salón, y Frank Minello se quedó mirando el teléfono. Por fin, emitió una risita, fue allá, y se puso en contacto con el servicio telegráfico por teléfono.

—Sí, sí… Angelo Tomasini, Villa Tartaruga, La Valetta, República de Malta.

—…

—Eso es. El texto es el siguiente:

Me voy esta noche a cenar con Brigitte los dos solos. ¿Qué pasa?

Frank Minello

¿Quiere leerme el texto, por favor?

—...

—Perfecto. Gracias.

Dio el número de teléfono de Brigitte, colgó, y se frotó las manos, sonriendo... Cuando Brigitte apareció, con su blanco abrigo de pieles, todavía sonreía.

—¿De qué te ríes? —se interesó ella.

—Acabo de gastarle una broma a ese tipo serio como un pedrusco. ¡Estás bellísima, estás...!

—¿Has traído tu coche?

—Claro. Lo he dejado abajo... ¡Maldita sea, me olvidé de limpiarlo, después del paseo por el campo esta mañana! Bueno, podríamos pasar por un túnel de lavado. ¿Te parece bien?

—¿Qué más da, Frankie? Un coche no es una persona: si está sucio, que se fastidie.

—Pero una reina no puede ir en un coche sucio, así que pasaremos por algún túnel de lavado... ¿No sería estupendo que los mecanismos del túnel se estropeasen, y tú y yo tuviésemos que quedarnos toda la vida dentro del coche...?

—Nos moriríamos de hambre —dijo Brigitte, dirigiéndose a la puerta.

—Tú no, amor de mis amores, porque yo me iría arrancando trozos de mi carne para que comieses.

—¡Zambomba! —exclamó Brigitte, con expresión aterrada—. ¡Espero que no sea tu carne lo que vas a ofrecerme esta noche para cenar!

Minello se echó a reír, gozoso... ¿Había algo mejor en su vida que hacer pasar un buen rato a Brigitte, hacerla reír, olvidar que era una espía que continuamente se estaba jugando la vida...?

Dejó de reír de pronto, y se quedó mirando a Peggy, que había aparecido en el pasillo, y los miraba sonriente.

—¿Y tú de qué te ríes? —graznó.

—De ver reír a la señorita —replicó Peggy; miró a Brigitte—. ¿La espero levantada, señorita?

—Claro que no —se sorprendió Brigitte.

—Entonces…, quizá podría irme al cine.

—Desde luego, querida.

—¿Y qué vas a ver? —se interesó Minello.

—¡La última de James Bond! ¡Me encanta el agente 007!

Brigitte y Minello se miraron, y, de pronto, estallaron en carcajadas.

Salieron del apartamento todavía riendo… Y aún reían cuando el ascensor los dejó en el estacionamiento subterráneo del Crystal Building. Estacionamiento privado, exclusivo para los inquilinos del edificio desde hacía algún tiempo, pero en el que Frank Minello entraba y salía a su gusto. ¿Quién iba a protestar porque el más querido amigo de *miss* Montfort utilizase el estacionamiento?

Frankie tomó del brazo a Brigitte, y señaló hacia delante.

—Lo dejé por allá. Lo reconoceremos enseguida, por lo sucio que está…

—¿Y todo eso del túnel de lavado no será un truco tuyo para pasar la noche conmigo dentro del coche? ¡No me sorprendería que hubieses sobornado a los empleados del túnel!

—Zambomba… ¿Sabes que me has dado una gran idea? Claro que no lo había hecho, pues no soy tan maquiavélico como tú, pero lo tendré en cuenta para la próxima vez. Ajá… ¡Ahí lo tenemos! ¡La carroza para la reina!

—No tiene aspecto de carroza, sino más bien, de una lata vacía vieja y sucia —rió Brigitte.

—Bueno. De todos modos, yo creo que sí…

Los dos hombres habían aparecido justo cuando Minello comenzaba su respuesta. Brigitte los vio aparecer de detrás de uno de los coches, y les dirigió una mirada entre sorprendida por su inesperada aparición, e indiferente. Esta mirada cambió en una fracción de segundo, para expresar nítidamente la alarma.

—¡Al suelo! —gritó—. ¡Al suelo, Frankie!

Capítulo II

Frank Minello se detuvo en seco, sorprendidísimo… Pero, por fortuna, los dos hombres recién aparecidos se sorprendieron tanto como él por la reacción de Brigitte, tan sólo al mirarlos con detenimiento.

De este modo, pese a la indecisión de Minello, Brigitte tuvo tiempo de actuar, no ya como la angelical señorita Montfort, sino con la rapidez y decisión de la agente Baby, la espía más peligrosa del mundo: empujó a Frankie, derribándolo, y ella le siguió hacia el suelo, para, inmediatamente, rodar a toda prisa hacia el coche de su amigo, que alzó la cabeza, y exclamó:

—¿Qué…?

—¡Protégete! —gritó ella.

Minello se puso de rodillas, y volvió la cabeza hacia los dos hombres. Respingó, y se tiró de nuevo de bruces…, de modo que las dos balas pasaron por encima de él, y fueron a clavarse en la carrocería de su coche, alzando unos pequeños pegotes de barro…

—¡Frankie, ven aquí! —gritaba Brigitte.

El periodista deportivo ya lo estaba haciendo. Rodó hacia su coche mientras, confusamente, tras él volvía a oír aquellos chasquidos: plop, plop, plop… Lanzó un aullido cuando, en el último giro, notó aquel ardiente mordisco en su cuerpo. Casi enseguida, se daba de cara contra la rueda trasera derecha del coche… Las manos de Brigitte aparecieron, lo asieron por el cuello de la flamante chaqueta de esmoquin, y tiraron de él, arrastrándolo hacia la parte de atrás del vehículo.

Una vez allí, Frankie se sentó inmediatamente, y miró a Brigitte, desorbitados los ojos, lívido el rostro.

—Frankie, ¿dónde…?

—No es nada —aseguró con voz ronca—. ¡Saca tu pistola, Brigitte! ¡Esos tipos…!

—¡No llevo pistola! ¡Vamos más hacia atrás!

¡Boíiinnng! ¡Boíiingg! ¡Bíiiiiiinnnggggggg!, rebotaron tres balas en la carrocería del coche, incidiendo de lado en ella. Brigitte gateaba ahora, metiéndose entre otros coches, seguida por Minello, que volvía la cabeza. Tras él oía las pisadas veloces de los dos hombres, sus jadeos. De pronto, las pisadas se detuvieron.

—Ve tú por aquel lado —oyó—. ¡Y terminemos pronto!

Minello llegó, gateando, adonde Brigitte se había detenido, todavía con las manos y las rodillas en el suelo, y volvía la cabeza hacia donde sonaban las voces. Frankie tuvo la impresión de que estaba viendo a una pantera escuchando el sonido de aproximación de su futura presa.

—¡Los voy a hacer pedazos! —jadeó Minello—. ¡Nadie te hará daño mientras yo…!

—Cállate.

De nuevo oyeron la voz de uno de los hombres, y unas pisadas. Ciertamente, lo del estacionamiento privado era un lujo, una gran comodidad, pero, a veces, tenía sus inconvenientes. En un *parking* público, siempre había coches entrando y saliendo, mucho más movimiento. Allí, y próxima ya la hora de la cena, el movimiento de coches era nulo, pues todos los inquilinos que aquella noche cenaban en sus domicilios debían haber llegado ya hacía rato…

—¿Qué haces? —susurró Minello, mirando a Brigitte quitarse los zapatos.

—Ssst. Dentro de diez segundos —Brigitte acercó su boquita a una orejota de Minello—, dentro de diez segundos haces ruido por aquí, pero bien a cubierto. ¿Lo entiendes?

—¡No permitiré…!

—Déjate de tonterías. O lo haces, o nos matarán a los dos. Y tú no tienes culpa de nada, Frankie.

La voz volvió a oírse. Apagado, llegó a ellos el chasquido de otro disparo efectuado con silenciador, y la bala rebotó, no muy lejos de ellos, en el techo de un coche…

—¡Por aquí! —Sonó de nuevo una de las voces.

Brigitte se quitó también el blanco abrigo de pieles, y en el acto se deslizó, siempre a gatas, alejándose de Minello, que no podía ni tragar la saliva. No por miedo personal, sino pensando en la que podía ocurrirle a Brigitte. Pero ya no podía impedir que ésta actuase

a su modo, y como en modo alguno quería impedirle su acción, comenzó a contar los diez segundos… Ya no la veía, y eso le puso tan nervioso que perdió la cuenta, la sencilla cuenta de diez… Estaba como paralizado, con el cerebro en blanco…

—Tienen que estar por aquí —oyó.

Se estremeció. Rodó hacia un lado, se colocó con los pies hacia el coche que le protegía, y comenzó a golpear en la portezuela con ellos… Y eso estaban haciendo cuando vio aparecer a Brigitte…, ¡en el techo de uno de los coches cercanos!

El gemido de espanto quedó ahogado en su paralizada garganta. Por el amor de Dios, ¿qué pretendía…?

—¡Aquí! —Oyó el grito de sorpresa y alarma.

El grito lo había proferido uno de los hombres, que, también de pronto, había visto a Brigitte de pie en el techo del coche… El hombre se volvió hacia ella, alzando la pistola…, mientras la pantera efectuaba el salto. Un salto de tal longitud y elasticidad, de tal potencia y fiereza, que la mano del hombre tembló, en el momento del disparo.

Y una milésima de segundo más tarde, la pantera estaba ante él, todavía en el aire, a una altura que colocaba sus pies frente al rostro del hombre… Uno de los pies fue hacia atrás, y luego hacia delante, a una velocidad invisible: el talón femenino dio en el centro de la frente del hombre, con seco chasquido, tirándolo de espaldas como si acabase de recibir un cañonazo. Mientras el hombre se deslizaba por el suelo, fulminantemente muerto, la pistola caía a tierra, y, muy cerca, la pantera, sobre las puntas de los pies, inclinándose para apoyar también las manos…

Apenas a una docena de pasos de distancia, el otro hombre, que se había vuelto a tiempo de presenciar el ataque, lanzó una exclamación, y movió la pistola, orientándola hacia Brigitte…

Plop.

En el momento en que el hombre disparaba, Brigitte se tendía de bruces, y su mano derecha llegaba así a la pistola del primer enemigo, mientras la bala pasaba por encima de ella, rebotaba muy oblicuamente en el suelo, y reventaba un neumático de uno de los coches.

La espía giró una vez más, mirando con los ojos muy abiertos hacia el hombre, que seguía su trayectoria con la pistola…

Frank Minello apareció de pronto entre los coches, agitando los brazos, y gritando como un energúmeno:

—¡Sakoi, Sakoi, Sakoi…!

El hombre lanzó un grito ahogado, y se volvió de nuevo, de un salto, hacia donde hasta entonces había creído tener acorralados a Frank y a Brigitte…

Entonces, ésta detuvo su giro, y disparó.

El hombre ya no gritó. Recibió la bala bajo la oreja derecha, saltó, giró, soltó la pistola, y cayó rodando al suelo, hacia los pies de Minello, que tropezó con él y cayó delante, pegándose el gran batacazo.

Se sentó a toda prisa, puso las manos en el suelo, sacudió la cabeza…, y ya aclarada la visión, vio ante él a Brigitte.

—Vamos a llevarlos al coche —dijo ella, con voz tensa—. ¡Pronto, Frankie!

Minello volvió a sacudir la cabeza. ¿Qué ocurría, qué estaba pasando qué había pasado…?

—¡Frankie! ¡El otro!

Se puso en pie de un salto, mirando a Brigitte, que arrastraba al hombre muerto sujetándolo por los pies. Miró luego al otro, y corrió hacia él, lo asió también por los pies, y comenzó a arrastrarlo hacia su coche, igual que estaba haciendo Brigitte con el suyo… Llegaron junto al coche, y Brigitte señaló el maletero.

—Mételos ahí dentro. Voy por mi abrigo y mis zapatos.

Como un autómata, Minello obedeció. No estaba muy seguro de hallarse despierto… Habían aparecido dos hombres, habían querido matar a Brigitte, y ella los había matado a ellos. Acto seguido, como si no hubiese ocurrido nada, ella se dedicaba a… limpiar el estacionamiento de parásitos… Tan tranquila, al menos en apariencia, como si todo aquello fuese lo más natural del mundo.

Brigitte regresaba, ya calzada, poniéndose el abrigo. Frank Minello cerró el maletero, en el cual había colocado ya a los dos hombres muertos, y salió a su encuentro.

—¿Qué vamos a…?

—Salgamos de aquí —Brigitte miró el costado derecho de su amigo, y se mordió los labios un instante—, ¿Estás bien?

Minello se dispuso a llevarse la mano al costado, pero ella se la sujetó. Sorprendido, él miró su costado, y vio la brillante mancha de

oscuro líquido que estaba empapando la chaqueta. Parpadeó. Claro que era sangre suya, claro… Miró a Brigitte.

—Estoy bien —aseguró.

—¿Podrás conducir?

—Claro que si, reina mía.

—No te toques la herida. Te mancharías las manos de sangre, y no podrías controlar bien el volante.

Minello tragó saliva. Así era la vida. Y así era la agente Baby: acababan de salvar la vida sin duda milagrosamente, y ella seguía capacitada para pensar en todo… Incluso había recogido la pistola del hombre al que había matado de un balazo en la cabeza. La vio meter las dos en la guantera, y mirarlo a él.

—¿Qué esperas?

Minello puso el coche en marcha, y rodó hacia la rampa de salida. Poco después, salían a la Quinta Avenida, atestada de coches, como siempre. Las luces de colores cayeron sobre ellos como un raudal cegador. Minello volvió la cabeza hacia Brigitte un instante.

—Te has ensuciado el abrigo —dijo.

Ella le miró, movió la cabeza, y sonrió levemente.

—Vamos a la floristería de tío Charlie —indicó—. Pero antes, quiero avisarle por teléfono, así que para en cuanto veas uno.

—Hay teléfono en el túnel de lavado.

—Ya no vamos al túnel de lavado, Frankie.

—¿Por qué no? Ahora llevamos provisiones en el maletero, por si se estropea el mecanismo y tenemos que pasar allí la noche.

—No seas bruto.

—Tienes tazón. Prefieres el caviar del Irán, ¿no es cierto?

—Francamente, sí.

—Bueno, pues pediremos caviar iraní.

—Tampoco vamos a cenar, Frankie.

—¡Pues vaya un negocio el mío! Me agujerean el coche, me estropean mi esmoquin nuevo… ¡y encima de todo me fastidian una noche en tu compañía! ¡Si esos tipos no estuviesen muertos, les retorcería el pescuezo!

—Pues yo creo que es más fácil retorcérselo precisamente ahora que están muertos. —¿Los conocías?

—No.

—Pero entonces…, ¿cómo supiste que querían matarte?

—En el estacionamiento no hay demasiada luz…, pero sí la suficiente para que pudiese ver la expresión de sus ojos.

—¿Qué expresión?

Brigitte Montfort, alias *Baby*, no contestó. ¿Qué expresión? Sencillamente, la expresión de la muerte… La misma expresión que tantas y tantas veces había visto en los ojos de sus enemigos. ¿Cómo explicársela a Frankie? ¿Cómo definirle la expresión que aparece en los ojos de una persona dispuesta a matar a otra? O, más difícil todavía: ¿cómo explicarle que ella no sólo veía esa expresión, sino que… captaba el estado de ánimo de una persona dispuesta a matar…?

—Ahí hay una cabina —murmuró, señalándola—. Da la vuelta a la manzana mientras yo llamo a tío Charlie, por si algo no fuese bien en la floristería.

La cosa no era tan fácil de realizar en la Quinta Avenida, pero Minello no tenía nada que aprender de la ciudad de Nueva York. Aun así, tardó casi diez minutos en dar la vuelta y detener el coche ante Brigitte, que esperaba al borde de la acera. Ella se sentó a su lado, y señaló hacia delante.

—¿Pasa algo en la floristería? —preguntó Minello.

—No. Todo está bien allí. Nos están esperando.

Quince minutos más tarde, Frank Minello llegaba ante el 1044 de la Segunda Avenida. La puerta del garaje estaba abierta, y junto a ella vio a Simón, el ayudante de Pitzer. Metió el coche en el garaje. Luego, encendió la luz. Para entonces, Pitzer había entrado ya en el garaje, procedente de la casa, utilizando la pequeña puerta interior.

—¿Los han seguido? —preguntó, abriendo la portezuela de Brigitte.

—No.

Ella salió del coche, y Minello la imitó, retirando las llaves del contacto. Alzó el capó del maletero, y miró al jefe del Sector Nueva York de la CIA, y a su ayudante, que fue quien metió la mano bajo las chaquetas de ambos hombres, en busca de sus billeteros.

—Hay que curar a Frankie —dijo Brigitte.

Dejaron a Simón con los dos cadáveres, y entraron en la vivienda de Pitzer. En el pequeño saloncito estaba ya abierto un

pequeño botiquín, y Minello comprendió que había sido Brigitte quien, por teléfono, lo había pedido así a Pitzer.

—Quítate la ropa, Frankie.

—¿Toda?

Brigitte le miró, sonriendo.

—Como quieras. ¿Crees que me asustarías?

—Seguramente, no —Minello miró a Pitzer, hoscamente—. Ya me está usted pagando un esmoquin nuevo, con fondos de la CIA.

Pitzer soltó un gruñido, y fue a dejarse caer en un sillón.

—¿Dijeron algo revelador? —preguntó.

—No —negó Brigitte.

Esperó a que Minello se quitase la ropa de cintura para arriba, y al ver la herida sonrió, con tan claro alivio, que Minello comprendió que la herida, realmente, no tenía ninguna importancia…

—Pues me duele mucho —aseguró—. Necesitaré anestesia para soportar la cura.

—De acuerdo —sonrió de nuevo la divina.

Lo besó dulcemente, en los labios, y, al parecer, Minello quedó efectivamente anestesiado, porque no emitió un solo quejido mientras Brigitte le estuvo curando. Cuando terminó de colocar las anchas tiras de esparadrapo sobre los apósitos, hacía ya tres o cuatro minutos que Simón había llegado, procedente del garaje. Sobre la mesa había dejado una máquina «Polaroid» y dos billeteras, así como llaves, pañuelos, encendedores, cigarrillos, un cortaúñas, una pequeña navaja… Estaba bien claro que había utilizado varios clichés de la «Polaroid», para obtener fotografías de los dos hombres. Fotografías que estaban siendo examinadas por Pitzer cuando Brigitte terminó.

—Listo, Frankie.

—Estupendo… ¿Nos vamos a cenar?

Brigitte le dirigió una amable mirada. Luego tomó las fotografías de manos de Pitzer, pero ya moviendo negativamente la cabeza.

—No sé quiénes son…, eran, quiero decir. Simplemente, aparecieron en el estacionamiento, y comprendí sus intenciones.

—Habría sido interesante capturar con vida por lo menos a uno —dijo Pitzer.

—Lo siento, pero así fueron las cosas, tío Charlie. Frankie salió como un loco para evitar que uno de ellos disparase contra mí, y yo

tuve que impedir que disparase contra él. Por cierto, Frankie, gritaste muy bien lo de *Sakoi, Sakoi, Sakoí!*[1]

—Soy un niño que lo aprende todo muy bien —dijo Minello—. Pero no me gusta quedarme sin cenar.

—Nos ocuparemos de eso, más tarde. Está bien —Brigitte entregó las fotografías a Simón—. Quiero saber quiénes son, Simón. Cuanto antes.

—Se llaman Milton Bromley y Herbert Neilan —señaló las billeteras el ayudante de Pitzer—. Pero la entiendo a usted. Me ocuparé de todo. Llamaré al helicóptero, y llevaré al punto de recogida los dos cadáveres, en una de las camionetas…, Seguramente, mañana mismo nos dirán algo concreto desde la Central.

—Bien. Hay otra cosa a tener en cuenta… Si me estaban esperando en el estacionamiento, es que saben perfectamente quién soy y dónde vivo, así que, con toda seguridad, insistirán en matarme. Yo no pienso volver por mi apartamento, por ahora, pero Peggy sí lo hará… Se ha ido al cine, pero volverá. Hay que avisarla de que no vuelva a casa.

—Entendido. ¿En qué cine está?

—No lo sé…

—Fue a ver la última de James Bond —dijo Minello.

—Pues estamos listos —sonrió Simón—, porque me parece que la proyectan en dos o tres cines…, suponiendo que haya ido a uno de Manhattan.

—Conozco bien a Peggy —dijo Brigitte—, y sé que habrá ido al más cercano a casa. Pero si hay que movilizar a una docena de Simones para que la esperen a la salida de todos los cines donde se proyecta esa película, los movilizaremos.

—*Okay*. Pasaré la descripción de Peggy, y lo haremos así… ¿Dónde le decimos que se esconda?

—Ella sabe dónde tiene que esperarme, siempre que ocurre algo así.

—Bien. ¿Nada más?

—Por ahora, no. Gracias, Simón. Voy a ayudarle a…

—Nosotros lo haremos todo —cortó Pitzer—. Usted quédese aquí.

Salieron los dos del saloncito…, pero Simón reapareció a los

pocos segundos, lo cruzó sin decir palabra, y desapareció hacia el interior de la vivienda. Regresó un minuto después, con un traje completo, camisa y corbata Lo dejó todo en un sillón, mirando a Frank Minello.

—Usted y yo somos de la misma talla, más o menos —guiñó un ojo—. Naturalmente, también le pasaré la factura a la CIA.

—Usted sí que es un tío simpático —aceptó Frankie.

Simón se fue definitivamente. Cuando Pitzer regresó, Minello se había puesto el traje de Simón, después de haber hecho un discreto *strip-tease*, en calzoncillos delante de la sonriente Brigitte, que finalmente, tras encender un cigarrillo, quedó pensativa… Alzó la cabeza cuando apareció Pitzer.

—No me gusta esto —susurró—. Tal como han sucedido las cosas, sólo podemos pensar que alguien ha revelado mi identidad como la agente N. Y. 7117, Baby, de la CIA.

—Todavía no sabemos quiénes son esos hombres y qué pretendían —palideció Pitzer—. Quizá sólo…

—¿Que no sabemos lo que pretendían? —aulló Minello—. ¡Usted no puede ser tan tonto, viejo buitre! ¡Querían matar a Brigitte, así de simple!

—Iba a decir —murmuró Pitzer—, que quizá sólo fuese un… un atraco, o algo así…, Mmmm… ¿No, verdad?

—No —negó Brigitte—: querían matarnos, tío Charlie. Porque, naturalmente, no iban a dejar vivo a Frankie, después que él los había visto.

—Eso del atraco es una tontería —gruñó Minello.

Pitzer asintió con la cabeza, y se sentó en un sillón. Maquinalmente, sacó la pipa, y se la puso entre los dientes, sin preocuparse de encenderla. Durante tres o cuatro minutos, sombría la expresión, estuvo haciendo cábalas sobre lo que aquello podía significar, y siempre iba a parar a la misma conclusión: alguien conocía el hecho de que la señorita Montfort, a quien todo el mundo quería, era además la agente Baby, y habían querido eliminarla. Esto, que de por sí era malo, se convertía en malísimo si pensaba que alguien de la CIA hubiese traicionado a Baby. Imposible… ¡Imposible! ¿Y si…?

—No se preocupe más, tío Charlie —Pitzer miró a Brigitte, que sonreía—… Y denos algo de cenar. Aunque sean unos bocadillos.

—¡Qué bocadillos ni qué narices de foca! —estalló Minello—. ¡Yo quiero caviar iraní! ¡Eso es lo que iba a cenar esta noche, y eso es lo que quiero!

Pitzer le miró sosegadamente.

—Saldré a comprárselo, Minello.

—¡Le he dicho que quiero…! ¡Zambomba! ¿Ha dicho que saldrá a comprarme caviar… a mí?

—Desde luego.

—¡Ya sé! ¡Y me lo envenenará…!

—No seas pesado, Frankie. Sabes muy bien que tío Charlie te ha apreciado siempre, por las veces que has ayudado. Y ahora, hace unos minutos, me has salvado la vida. Lo menos que mereces es que él se moleste un poco por complacerte.

—Entiendo… Me está agradecido porque he salvado la vida a su mejor agente, para seguir utilizándote en…

—Sabes muy bien que no es por eso, sino porque tío Charlie me quiere, Frankie. ¡Oh, vamos, déjate de tonterías!

—¿Este hombrecillo te quiere? —señaló Minello a Pitzer—. ¿Este buitre calvo y sanguinario te quiere? ¿De verdad? ¡Pues entonces yo también le quiero a él! ¡Lo quiero con toda mi alma!

Se inclinó sobre Pitzer, le asió la cabeza con sus manazas, y lo besó sonoramente en la frente. Pitzer respingó, y le dirigió una mirada asesina, mientras Brigitte se echaba a reír.

—Eres una persona cariñosísima, Frankie. Y por tanto, no querrás que tío Charlie salga ahora en busca de caviar, ¿verdad?

—Bueeenoooooo —se resignó Minello—… ¡Cenaré bocadillos! ¿Y qué haremos luego?

—Todo lo que podemos hacer es esperar —musitó Brigitte.

Simón-Floristería regresó cerca de las once de la noche.

—Todo está en orden —aseguró—…, Su ama de llaves ha sido localizada, en efecto en el cine más cercano al Crystal Building de los que proyectan la película de James Bond. Ha dicho que no se preocupe usted por ella. Lo demás, está en marcha.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Minello, fruncido el ceño—. ¡No vamos a pasar la noche aquí, supongo!

—Yo sí, Frankie —dijo Brigitte—. Pero será mejor que tú te vayas a tu apartamiento. Si está ocurriendo algo relacionado con la CIA, cosa que parece lógica, no quiero que te veas mezclado en él.

Te han visto dos hombres, pero ésos ya no dirán nada. Así pues, quiero que quedes al margen.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí contigo? —masculló Frank.

—Porque estarás mejor en tu apartamiento…, y porque quizá la Central podría molestarse por el hecho de que tú estuvieses aquí, en estas circunstancias. Y otra cosa: mañana a primera hora quiero que vayas a que un médico te vea esa herida, por si acaso. Eso es todo.

Frank Minello conocía perfectamente a Brigitte Montfort. Así que cuando ella dijo todo, comprendió que, sencillamente, eso era todo. Se puso en pie, refunfuñando por lo bajo, y se dirigió a la puerta del saloncito. De pronto, se detuvo, fue adonde estaba su esmoquin, y sacó unas llaves de un bolsillo…

—Será mejor que nos deje su coche aquí —dijo Pitzer—… Nos encargaremos de que sea reparado discretamente. Tiene un par de agujeros.

—Bueno —asintió Minello—… De paso, que lo laven.

—¿Quiere que lo lleve en una camioneta? —rió Simón.

—Tomaré un taxi —Minello tendió las llaves del coche a Simón, y se guardó las de su apartamiento y sus demás pertenencias, repartiéndolas por los bolsillos—. Gracias por el traje: me cae bastante bien. Pero la corbata no me gusta.

—Pues es de mucho mejor gusto que las tuyas —dijo Brigitte.

—Bah, bah, bah… Y hablando de corbatas: recuerdo un caso de un amigo que…

—Adiós, Frankie.

—Era sólo una anécdota que…

—Y después de esa recordarías otra, y luego otra, y otra y otra más…, y nos sorprendería el día aquí escuchando tus anécdotas. Gracias, querido, pero ya te he dicho lo que pienso. Buenas noches. Y mañana, al médico.

Una vez más; Minello comenzó a refunfuñar, mientras se acercaba a Brigitte. Ella alzó la cabeza, mirándolo sonriente, y Frankie la besó en la frente, comentando:

—¡Qué noche…! ¡Me la estoy pasando besando espías!

—Le abriré la puerta —volvió a reír Simón.

Capítulo III

Cerró la puerta del ascensor, y se dirigió hacia la de su aposento, sacando las llaves del bolsillo. No se sentía nada tranquilo con respecto a la seguridad de Brigitte.

—Claro que —se dijo— Pitzer y Simón están con ella, y seguramente saben cómo defenderla incluso mejor que yo. Pero si todo es un ataque contra la CIA, o alguien ha descubierto que Brigitte es la agente Baby, la cosa no va a terminar aquí…

Se detuvo en el centro del pasillo, ya muy cerca de la puerta de su casa.

¿Y si alguien conocía también la floristería de Pitzer como el punto central de la CIA en Nueva York? Si sabían eso, quizá la atacasen… Y no con pistolas. Podrían arrojar bombas, gases… Si se lo proponían, podían reducir a escombros la floristería… ¡Y Brigitte estaba allí!

—Otra cosa que yo podría hacer —siguió reflexionando Frank Minello en el centro del pasillo— es coger mi pistola, y volver allá. Sin decir nada. Simplemente, me coloco cerca de la floristería, vigilando, por si ocurría algo sospechoso. Y si los atacaban, quizá podría avisarlos. Si, es lo que voy a hacer. Y Brigitte no tiene por qué saberlo. Claro que, conociéndola, no me sorprendería que me llamase por teléfono, y, al no contestar yo, comprendiese que…

Frunció el ceño y movió la cabeza. En primer lugar, desde luego, no era fácil engañar a Brigitte. Y luego, estaba el hecho de que, como siempre, seguramente ella tenía razón al decir que la CIA no vería con buenos ojos su intromisión…

—Bueno —se dijo, reanudando la marcha hacia su apartamento —. ¿Y a mí qué demonios me importa la CIA? ¡A mí quien me importa es Brigitte, y los demás que se vayan al infierno! Así que cogeré mi pistola y volveré por allá. Decidido.

Se detuvo ante la puerta, satisfecho de haber tomado ya una

decisión. Sí… Eso era: esperaría a que Brigitte le llamase, diría que estaba acostado, y, en cuanto colgase, saldría de nuevo hacia la floristería…

Mientras pensaba todo esto, Frank Minello había introducido el llavín en la cerradura. Y, al introducirlo, apretando suavemente, la puerta cedió hacia dentro sólo un poquito. Tan poco, que Frank Minello creyó que eran imaginaciones suyas, así que apretó un poco más…, y la puerta cedió media pulgada.

Se quedó inmóvil, mirando su propia mano sosteniendo el llavín.

¿Se había marchado sin cerrar la puerta? Posible, desde luego, pero… el caso era que recordaba perfectamente haberla cerrado.

En una fracción de segundo, mil pensamientos pasaron por la mente de Frank Minello. Pensamientos contradictorios, confusos, embrollados… Pero, por encima de todos, uno de ellos destacó poderosamente.

Entonces, Frank Minello dio media vuelta, y echó a correr por el pasillo, hacia el ascensor, volviendo la cabeza… Todavía no había llegado al ascensor cuando vio abrirse la puerta completamente, y un hombre apareció en el pasillo, saliendo de su apartamento. El hombre llevaba una pistola con silenciador en la mano, e inmediatamente apuntó hacia Minello, que se zambulló como si el reluciente piso de mosaico fuese la superficie de una piscina.

Plop.

¡Bíiinnggg! rebotó la bala en el suelo, muy alejada de Frankie, para ir a estrellarse contra la pared del fondo.

Mientras tanto, deslizándose por el suelo, Frankie llegó ante la puerta del ascensor. Pero no intentó tomar éste, sino que rodó un poco más, hasta llegar a la escalera, por la cual desapareció, rodando escalones abajo todo el primer tramo… Quedó sentado, con la cabeza llena de luces de colores…, y oyendo las pisadas del hombre acercándose por el pasillo. Se puso en pie de un salto, y gritó:

—¡Hay otro aquí, en mi apartamento! ¡Subid!

Las pisadas del hombre de la pistola dejaron de oírse en el acto. Luego, volvieron a oírse pero ahora alejándose a toda prisa.

Minello volvió a gritar:

—¡De prisa! ¡Quiere escapar!

¡Blom!, resonó fuertemente una puerta al cerrarse, en el pasillo

donde tenía Frankie su apartamento.

Y luego, el silencio. Durante un par de minutos, Minello permaneció en el pequeño descansillo, mirando hacia arriba, temiendo que el hombre de la pistola no se hubiese dejado engañar, y, a su vez, estuviese intentando engañarle a él, esperándole… Y temiendo también que alguno de sus vecinos apareciese en el pasillo, alarmado por sus gritos…

Ningún vecino apareció. El silencio se fue prolongando, prolongando, prolongando… Frank Minello reemprendió la subida al pasillo, y se asomó cautelosamente. Nada. Notaba como una brasa en el costado herido. Se tocó allí, y luego miró su mano, manchada de sangre… Desde luego, la zambullida en el duro suelo, y luego la caída escalones abajo, no le habían sentado precisamente bien a su herida.

Con el convencimiento de que el hombre de la pistola había escapado por la ventana de la cocina, y utilizando seguidamente la escalera interior contra incendios, Minello empujó la puerta de su apartamento, que ahora mostraba una abertura de casi un palmo… Se apartó, pero nada sucedió…, salvo que percibió la fría corriente de aire procedente del fondo de la casa.

Entró en ésta, tras encender la luz metiendo un brazo desde el pasillo…

Tampoco sucedió nada…, pero Minello continuó con la jugada que tan buen resultado parecía haberle dado.

—Pasad… Con cuidado: puede estar escondido en cualquier parte.

No hubo reacción alguna. Cerró la puerta…, y se quedó mirando el pestillo, que estaba roto. Debían haber roto el muelle interior, de modo que la puerta no podía ser cerrada. Es decir, que alguien había entrado en su apartamento forzando la cerradura, y luego… Luego se había dedicado a esperar el regreso del propietario.

Atónito, Minello permaneció casi un minuto inmóvil en el recibidor, mirando hacia el fondo del pasillo que distribuía las piezas que componían el apartamento. Luego, despacio, sigilosamente, fue caminando pasillo adelante… A la izquierda estaba la entrada al *living*, y cruzó velozmente por delante, directo hacia la cocina, de donde seguía llegando la corriente de aire.

Cuando llegó a la cocina, comprendió que su treta había dado

todo el resultado apetecido: la ventana estaba abierta, dejando pasar el frío de la noche invernal… Y era poco probable que un hombre que escapaba por allí, a toda prisa, creyendo huir de varios enemigos, todavía estuviese cerca. Debía estar ya tan lejos que Minello abandonó toda precaución. Cerró la ventana de la cocina, regresó al pasillo, y fue hacia el *living*. Dio la luz de éste entró…, y se detuvo tan en seco que casi cayó de rodillas.

Palidísimo, se quedó mirando al hombre que yacía sentado en uno de los sillones, con la cabeza caída hacia delante, como si quisiera clavar la barbilla en el pecho. Una mancha de sangre ya seca destacaba sobre el gabán de tono claro, a la altura del corazón. El hombre tenía los ojos abiertos. Tenía un color cerúleo, su piel brillaba como si fuese auténtica cera…

Aunque ya lo había reconocido, Minello se dejó caer de rodillas delante del cadáver, y se quedó contemplando aquel rostro lívido Aunque quizá estaba más lívido el propio Minello.

—Terry —musitó—, ¡Terry!

Era una tontería llamar a un muerto.

Como alucinado, Minello se sentó en el suelo, sin poder apartar la mirada del rostro de su amigo Terry Dunhill. El buen muchacho, excelente compañero, magnífico fotógrafo Terry Dunhill. Tan sólo aquella mañana, ambos habían estado corriendo por el campo, haciendo un poco de *footing*. Y ahora…

El timbrazo del teléfono sobresaltó a Minello de tal modo que lo puso en pie de un salto. Se quedó mirando el aparato, que volvió a sonar… No entendía nada. Es decir, sí, de pronto comprendió que quien llamaba, tal como él había previsto, era Brigitte.

Descolgó el auricular.

—¿Sí? —Sonó ronca su voz.

—¿…?

—Sí, estoy bien, Brigitte…

—Sí. Bueno, escucha, ha… ha ocurrido algo que… que no entiendo…

—¡…!

—No, no… Te aseguro que estoy bien, pero… Bueno, había un hombre en mi apartamento, y he… he encontrado muerto en el *living* a Terry…

—¿…?

—Sí, sí, Terry Dunhill, claro… Está… está en un sillón, y parece… de ceja, y…

—¡…!

—Si… Si, está bien.

Colgó el auricular, y pareció no saber qué hacer. De pronto, fue a la librería, abrió el cajón donde guardaba la pistola…, y no la vio allí. Era una tontería, pero la buscó en otros lugares, sin encontrarla, por supuesto. Recorrió todo el aposento, dándose cuenta de que algunas cosas habían sido movidas, aunque sin brusquedad. Como si hubiesen estado buscando algo, pero con buenos modales. La estupefacción de Frank Minello era total.

Cuando, doce minutos más tarde, llegó Simón-Floristería acompañado de otros dos agentes de la CIA, Minello estaba sentado en uno de los sillones, inmóvil, contemplando el rostro de Terry Dunhill. Alzó la mirada, vio a Simón, y lo miró como si el ayudante de Pitzer fuese una especie de oráculo, que podía resolverle todos sus problemas.

—¿Ha tocado usted algo? —preguntó Simón.

—No… no.

—Siga ahí sentado.

Simón-Floristería y los otros dos examinaron el cadáver, se dieron una vuelta por el apartamento, miraron por la ventana, la puerta… Todo. Finalmente, tras sostener un breve conciliábulo con cuchicheos, Simón-Floristería se acercó a Frankie.

—Vámonos, Minello.

—¿Nos vamos? ¿Adónde? ¿Y todo esto…?

—No se preocupe por esto: mis compañeros saben lo que tienen que hacer. En cuanto a usted, hay que esconderlo, y tenemos el lugar adecuado para hacerlo.

—¿Esconderme…?

—Claro. No me diga que no se ha dado cuenta de que es a usted a quien querían matar, no a Baby. Ella le está esperando.

Minello asintió con la cabeza. Sí, por supuesto que lo había entendido. Era a él a quien habían querido matar en el estacionamiento del Crystal Building, no a Brigitte Montfort, alias *Baby*. Lo había comprendido, entre mil confusos pensamientos, al encontrar abierta la puerta de su apartamento… Movió la cabeza con gesto negativo.

—Si es a mí a quien quieren matar, prefiero que ella esté bien lejos de mí —musitó.

—No diga tonterías. Baby ha dicho que usted quedaba bajo nuestra protección directa, y así será, aunque usted mismo no quiera.

—¡No soy ningún niño, ni ningún lisiado! —estalló Minello, de pronto—. ¡Puedo defenderme perfectamente!

—¿De quién? —preguntó secamente Simón.

—Pues de… de… ¡de quien sea!

Los tres agentes de la CIA cambiaron una mirada que expresaba resignación ante la tontería del prójimo.

—Escuche, Minello, Baby ha dicho que lo llevemos con ella, y lo vamos a hacer. Recoja algunas cosas, y yo le bajaré la maleta, y le ayudaré a caminar, si lo necesita. Este es un modo de hacerlo… El otro modo consiste en que le demos un golpe en la cabeza y nos lo llevemos de todos modos. ¿Qué prefiere?

* * *

—¿Qué prefieres? —le sonrió Brigitte—. ¿*Whisky* o champaña?

—Creo que me sentará mejor un poco de *whisky* —refunfuñó Minello—. ¡Hacía mucho tiempo que no estaba aquí! Si Simón me hubiese dicho que veníamos a tu refugio secreto, no habríamos discutido…

—Eso ya no importa, Frankie. Estás aquí, en plena Nueva York, pero fuera del alcance de cualquiera, y eso sí que importa. Como bien sabes, en este discretísimo refugio mío encontrarás de todo lo que necesites. No tienes que molestarte en salir a la calle para nada.

—¿Quieres decir que soy tu prisionero?

—No digas tonterías —rió ella—. Eres una de las pocas personas que conocen este lugar, y cómo entrar y salir de él, así que…, ¿cómo podría retenerte prisionero? Sólo se trata de que, mientras encontremos una solución a este asunto, estés a salvo…

—Pues si tengo que esperar una solución, me voy a pasar la vida aquí dentro.

—¿Por qué? —se sorprendió Brigitte, tendiéndole un vaso con *whisky*.

Minello tomó el vaso, y se quedó mirándolo, sombrío. Cerca de

él, Simón-Floristería esperaba, en silencio, después de haber ayudado a Brigitte a hacerle otra cura en la herida… Aceptó el vaso que ella le tendió, con gesto interrogante.

—Están investigando —dijo—: por supuesto, la cosa se va a realizar de acuerdo a sus instrucciones. Gracias por el *whisky*.

Brigitte le sonrió, tomó el vaso que se había preparado para sí misma, y se sentó delante de Minello, que ocupaba uno de los confortables sillones del sótano donde la espía internacional se refugiaba en ocasiones.

—¿Por qué, Frankie? —insistió.

—Y yo qué sé… ¿Acaso una cosa tan absurda puede tener solución? ¿Quién soy yo, para que alguien quiera matarme? ¡Bah!

Brigitte bebió un sorbito de *whisky*, y preguntó:

—¿Qué hacía Terry Dunhill en tu apartamento?

—¿Terry? ¿En mi apartamento? Pues… —Se quedó mirando atónito a Brigitte, antes de exclamar—: ¡Y yo qué sé!

—¿Te visitaba con frecuencia? ¿Tenía una llave?

Minello estaba cada vez más estupefacto.

—Claro que no me visitaba con frecuencia, ni tenía llave de mí… ¡Las fotografías! —exclamó, de pronto—. ¡Fue a llevarme las fotografías de esta mañana, seguro!

—¿Te dijo que te las llevaría esta noche?

—Claro que no. Pero…, ¿a qué otra cosa podía ir a mi casa? ¡Tuvo que ser para enseñarme las fotografías!

Brigitte miró a Simón, que movió negativamente la cabeza.

—No había fotografías allí —aseguró.

—¿Miraron en sus bolsillos?

—Claro. Nada de fotografías.

—Según parece —Brigitte volvió a mirar a Minello—, Terry no fue a llevarte las fotografías, Frankie.

—Pues no se me ocurre ninguna otra cosa.

Brigitte dejó el vaso, y se pasó las manos por la cara, con gesto fatigado Eran casi las dos de la madrugada, y lo que se había iniciado como una alegre noche, incluida cena con caviar iraní, estaba terminando con dos intentos de asesinato… y un asesinato consumado.

—¿Qué fotografías tomó Terry?

—Pues… Ya te lo dije… Fotos mías corriendo, o haciendo fintas,

ejercicios gimnásticos… Todo eso. Unas fotos como las de cualquier boxeador famoso que se está entrenando, y los periodistas van tras él haciéndole preguntas y tomándoles fotos…, Zambomba, ¿qué pueden tener que ver unas fotografías con todo esto?

—¿Por dónde estuvisteis corriendo, Frankie?

—¿Tengo que recordar todo eso?

—Desde luego.

—Pero ¿por qué? ¡He ido cientos de veces a hacer *footing*, y nunca ha ocurrido nada por eso!

Brigitte se puso en pie, y fue hacia la librería. Abrió uno de los cajones, y buscó en él un plano del Estado. Volvió a sentarse ante Minello, tendiéndoselo.

—Tienes que recordarlo —insistió.

—Bueno, de lo que sí estoy seguro es de que fuimos por la 22, más allá de White Plains, porque me gusta alejarme bastante de Nueva York… Creo que con el plano podré recordarlo.

—Estupendo, Frankie. Pero antes, dime: ¿sabes dónde vive… vivía Terry Dunhill?

—No… Sé que tenía un apartamento en el Village, pero no dónde exactamente. De todos modos —añadió rápidamente—, está en el listín, así que podemos saberlo fácilmente.

—Bien. Dedícate al plano.

Brigitte volvió a ponerse en pie, y, mientras Minello examinaba el plano, estuvo hablando con Simón unos minutos. Al final, éste asintió, y salió del salón subterráneo.

—¿Lo recuerdas ya? —Regresó Brigitte junto a Minello.

—Bueno… Sí, más o menos fue por aquí. Después de dejar atrás White Plains, fuimos por un camino que…

* * *

Simón regresó hacia las cuatro y media de la madrugada. La llamada zumbó suavemente en el salón. Brigitte y Minello estaban adormilados, pero ella se puso en pie inmediatamente, y fue a abrir. Regresó al salón cinco minutos más tarde, acompañada del segundo hombre de la CIA en el Sector Nueva York. Y ambos se quedaron mirando fijamente a Minello, que frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

—Alguien ha estado en el apartamento de Terry Dunhill —dijo Simón.

—¿Qué quiere decir con eso? —Se pasmó Minello.

—Que alguien ha estado allí…, y se ha llevado todas las fotografías de su archivo —aclaró Brigitte—. Simón ha encontrado el apartamento revuelto, y el archivo personal de Terry saqueado. ¿Quieres que te lo explique todo bien, Frankie?

—Zambomba, ¡te lo agradecería mucho!

—Bien… Según parece, Terry fotografió algo que no debía ser fotografiado. Alguien le vio; pero no pudo hacer nada entonces, quizá porque os metisteis en el coche y os fuisteis de aquel lugar. Pero tomaron la matrícula de tu coche, Frankie. Durante todo el día de hoy, es decir de ayer, te estuvieron buscando, partiendo del coche, de la matrícula. Finalmente, se enteraron de a quién pertenecía el coche, y, supongo que, también utilizando el listín telefónico, te localizaron. Entonces, fueron a buscarte a tu apartamento…

—Pero…

—Espera. Al parecer, iban tres hombres. Y esos tres hombres debieron llegar al edificio donde vives cuando tú salías. Te vieron meterte en tu coche, y partir. Uno de ellos decidió subir a tu casa, por dos motivos básicos. Uno: buscar las fotografías. Dos: esperarte por si los otros te perdían de vista en el inmenso tráfico de Nueva York. Los dos que te siguieron te vieron entrar en el estacionamiento del Crystal Building, y, quizá, quisieron entrar también con el coche, lo cual no les fue permitido. Entonces, fueron a dejar el coche en otro sitio, regresaron, y se las arreglaron para colarse a pie hasta el estacionamiento. Vieron tu coche, y te esperaron… Lo demás, respecto a esos dos hombres, ya lo sabemos, así que volvamos al que se quedó en tu apartamento. Él estaba allí cuando llegó Terry Dunhill, muy posiblemente, casi seguro, para enseñarte las fotografías que habíais hecho por la mañana, y decidir si servían o no para tu libro… Terry Dunhill se encontró con el tercer hombre, y debemos suponer que éste le amenazó, y le obligó a entrar. Fueron al *living*, y allá, el tercer hombre se dedicó a interrogar a Terry. Como éste no tenía por qué ocultar una cosa tan simple como unas fotografías, las mostró. El hombre, le preguntó dónde tenía los negativos, etcétera. Luego mató a Terry, y continuó

esperándote a ti…, mientras, posiblemente, otros amigos de él iban al apartamento de Terry y lo saqueaban. O quizá el hombre que fue allá fue el mismo que te esperaba en tu apartamento, después de huir asustado por tu inteligente treta. ¿Lo comprendes?

—Claro. No soy tonto.

—Ya lo sé —sonrió Brigitte—. Por eso, espero que comprendas que no debes moverte de aquí hasta que yo te autorice.

—¿Estarás tú conmigo?

—No todo el tiempo —negó Brigitte—. Yo tengo cosas que hacer fuera.

—¿Qué cosas?

—Pues, por ejemplo, pasear por el campo —rió la divina.

Capítulo IV

Apenas eran las nueve de la mañana cuando ya había dejado atrás White Plains. Viajaba sin prisa, en su «Cadillac», por supuesto prestando la máxima atención a todo lo que la rodeaba en aquella zona que Frankie había señalado en el mapa.

Hacia las once de la mañana, cuando todavía no había visto nada que le mereciese especial atención, apareció el helicóptero, que la sobrevoló hacia el Norte; luego regresó hacia el Sur, apareció después por el Este… Cada vez que lo veía, Brigitte sonreía levemente. Por fin, el helicóptero dejó de pasar y repasar por aquella zona, y ella siguió buscando… no sabía qué.

A mediodía, almorzó en un parador, sola en una mesita, sin inmutarse por las miradas desorbitadas que los clientes masculinos dirigían a la bellísima muchacha de grandiosos ojos azules y elegante atuendo deportivo.

Después de almorzar, insistió en la búsqueda… En definitiva, hasta que comenzó a oscurecer, la señorita Montfort estuvo paseando en su «Cadillac» por aquella zona. Entonces, emprendió el regreso a Nueva York, en absoluto satisfecha. No había visto absolutamente nada que le llamase la atención: coches, camiones, granjas, chalets, un par de campos de golf… Lo corriente. Lo normal.

Cuando llegó a su escondrijo secreto, Simón-Floristería y Pitzer estaban allí, esperándola. Y, por supuesto, Minello, que no parecía de buen humor.

—¡Pues sí que te gusta pasear por el campo! —vociferó.

Brigitte le besó en ambas mejillas, y sonrió.

—¿Cómo va la herida? —se interesó.

—¿Qué herida?

La divina se echó a reír. Ciertamente, no tenía que preocuparse más por aquello. Sobre todo, considerando que Pitzer debía haber

visitado no menos de tres veces durante el día a Frankie, para hacerle las curas que fuesen necesarias.

Se volvió hacia Simón, tendiendo la mano. Sin explicaciones, Simón le entregó un gran sobre, que resultó estar lleno de fotografías Brigitte se sentó en el sofá, y Minello lo hizo a su lado, mirando las fotos con el ceño fruncido.

—¿Qué es todo esto? —Gruñó.

—Fotografías tomadas desde un helicóptero, por un experto de la CIA.

—¿De la zona donde estuve ayer con Terry?

—Claro. Vamos a examinarlas juntos, y dime si algo te llama la atención, o te recuerda algo que sucedió ayer… Algo a lo que ayer no diste importancia.

—Si no le di importancia ayer…, ¿por qué tendría que dársela hoy?

—Veamos las fotos.

Frank Minello tuvo razón: no había nada que le llamase la atención. Las fotografías, indudablemente, estaban tomadas por un experto, pero ni siquiera examinadas con una lupa, que procuró Brigitte, aportaron nada que contribuyese a aclarar el asunto…

—Las que sí nos aclararían algo son las que tomó Terry Dunhill —murmuró Brigitte—, pero ésas debemos olvidarlas… por ahora.

—Podemos hacer una investigación completa por toda la zona —sugirió Pitzer.

—No. Seguramente, tampoco conseguiríamos nada…, salvo poner sobre aviso a las personas que están involucradas en esto. Yo tengo una idea, que me parece bastante mejor. Pero antes…, ¿qué sabemos de aquellos dos hombres, Simón?

—Nada —negó el ayudante de Pitzer—. No están fichados por ningún motivo. La Central sigue investigando, pero sólo porque se trata de usted, y el señor Pitzer ha insistido mucho. Milton Bromley y Herbert Neilan están limpios. De todos modos, nos han enviado un informe sobre ellos, extraído de su expediente militar. ¿Quiere verlos?

—No perdemos nada.

Simón sacó ahora del portafolios dos carpetas, y Brigitte se dedicó a leer el contenido de éstas, mecanografiado en unos pocos folios. Cuando terminó, movió pensativamente la cabeza…

—Parece que no tenemos ninguna pista, ¿verdad? —dijo Frank.

—Parece que no, Frankie.

—Bueno, pues yo tengo una idea. Esos tipos saben que yo estoy vivo, y seguramente me están buscando… ¿Qué tal si me encontrasen…?

—No.

—Yo podría volver a mi apartamento, y…

—No. Pueden matarte de mil maneras, Frankie. Permanecerás aquí. Por otra parte, mi idea es bastante mejor que la tuya.

—Seguramente. Pero… ¿cuál es esa idea?

—Una muy buena —sonrió secamente Brigitte Montfort.

* * *

—Sí —sonrió tímidamente la muchacha pelirroja y con lentes—. Lavinia Bromley, sí…, La policía de Nueva York me llamó por teléfono a Winfield, Kansas, pidiéndome que viniera. Tengo… tengo que preguntar por el sargento Kenesaw, o algo así…

—Ah, sí. Un momento.

La telefonista de recepción de la clínica utilizó el servicio de altavoces, pidiendo:

—Sargento Kenesaw, preséntese en el vestíbulo, por favor.

La muchacha pelirroja agradeció el servicio con una tímida sonrisita, y luego miró alrededor, como quien teme estar molestando, se halle dónde se halle. La recepcionista le dirigió una mirada, entre amable e irónica. ¡De Kansas…! Ciertamente, Lavinia Bromley no tenía un aspecto… interesante. Vestía a la moda, desde luego, pero se la veía insignificante, los hombros caídos, el gesto como asustado. Llevaba el cabello muy corto, no se maquillaba, tenía pecas… ¡Y aquellos horribles lentes! Seguramente, se sentía en Nueva York igual que una tortuga podría sentirse en un bosque lleno de gacelas.

La recepcionista señaló uno de los bancos del vestíbulo.

—Puede sentarse allí, si lo desea.

—Sí… Sí, gracias…

La pelirroja Lavinia Bromley fue hacia el banco, y se sentó, con las rodillas muy juntas, tras depositar en el suelo su pequeña maleta de horrendo color marrón. Se quitó los lentes, para limpiar los

cristales, mientras miraba con los ojos muy abiertos a todas partes…

—Y el caso es —pensó la recepcionista— que tiene los ojos grandes y bastante bonitos, con ese color verde…

El sargento Kenesaw apareció en el vestíbulo apenas un par de minutos más tarde. Miró a la recepcionista, y ésta le señaló a la muchacha pelirroja del banco. Kenesaw fue hacia allá.

—¿Señorita Bromley?

—Sí —le miró vivamente la pelirroja—. Sí, sí… ¿Es usted el sargento Kenesaw?

—En efecto. Espero que haya tenido buen viaje.

—Oh, sí… Ha sido muy entretenido, sí.

Kenesaw se sentó junto a ella, y le ofreció cigarrillos, que Lavinia rechazó sonriendo tímidamente. Kenesaw encendió uno para sí.

—Cómo le dije por teléfono, su hermano tuvo un accidente de coche hace cuatro días. No la hemos avisado antes porque no sabíamos su existencia. Por fortuna, su hermano se está recuperando, y ha podido facilitarnos su dirección Winfield.

—Se… se lo agradezco mucho, señor… Pero, ¿qué puedo hacer yo?

—Pues no sé —se sorprendió Kenesaw—. Simplemente, nos pareció que debíamos avisarla, ya que usted es el único pariente de Milton Bromley.

—Ah… Bueno, sí, claro… Se lo agradezco.

—¿Sabía usted que su hermano iba armado?

Lavinia Bromley abrió muchísimo los ojos.

—¿Armado? ¿Milton iba armado? —exclamó.

—Sí. Llevaba una pistola con el silenciador en el sobaco. En el coche iba otro hombre, un tal Herbert Neilan, que falleció en el acto cuando el accidente. Este hombre también llevaba una pistola con silenciador… ¿No ha leído usted la noticia en los periódicos?

—No… No, no…

Kenesaw frunció el ceño.

—Hemos intentado que no trascendiese, pero no hemos podido evitarlo… Ignoramos cómo, algún periodista se enteró del accidente, y de que los dos hombres que iban en el coche llevaban pistolas con silenciador, en fundas sobaqueras. Esta noticia no sólo

ha aparecido en algunos periódicos, sino que ha sido radiada… ¿De verdad no estaba enterada?

—No…

Kenesaw movió la cabeza, como admirado.

—Pues es algo que ha llamado bastante la atención. Un accidente de coche es tan vulgar que nadie hace caso, pero la cosa adquiere un cierto interés cuando los hombres que van en el coche llevan pistola… con silenciador. El hombre que iba con su hermano se llamaba Herbert Neilan, como ya le he dicho… ¿Lo conocía usted?

—¿A ese Neilan? No… No, no, seguro.

—¿Sabes usted a qué se dedicaba su hermano?

—¡Oh, no! ¡Hace mucho tiempo que no nos vemos!

—Pues, siento decirle esto, pero temo que no se dedica a nada bueno Porque resulta que hay otro detalle, además de las pistolas: su hermano y Herbert Neilan iban en un coche robado.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío!

—Lo siento, de veras.

—Todo eso… ¡no es posible!

—¿No me cree? —Frunció el ceño Kenesaw.

—Sí, sí… Puesto que la noticia ha salido en los periódicos y ha sido radiada… Sí, tiene todas las características de ser auténtica.

—Celebro que lo apruebe —sonrió Kenesaw—. ¿Vamos a ver a su hermano?

—Sí… Cuando guste.

Kenesaw se puso en pie, y señaló hacia la escalera… En aquel momento, un hombre joven, de mirada vivaz, y vestido con elegante descuido, se acercó a ellos, a toda prisa; tras él, otro hombre apretaba el paso para seguirle, mientras preparaba su cámara fotográfica…

—¡Eh, sargento! —llamó el primero.

Kenesaw se volvió, y también lo hizo Lavinia Bromley. Los dos quedaron cegados un instante por el fogonazo del *flash* que los iluminó para que el otro tomase la fotografía.

Kenesaw frunció el ceño, evidentemente molesto.

—¿Otra vez por aquí, Markhan? —refunfuñó.

—Cada uno hace su trabajo lo mejor que puede —sonrió el llamado Markhan—. ¿Quién es la señorita? ¿Está relacionada con el

asunto de su prisionero?

—No es mi prisionero —refunfuñó de nuevo Kenesaw—. Es un hombre herido, simplemente.

—Pero que llevaba una pistola con silenciador. Vamos, no sea duro conmigo, sargento; estoy empezando tengo que aferrarme a cualquier noticia… ¿No puede decirme nada más de Milton Bromley?

—No. Solamente que está bastante mejor.

—Vaya, ¿y usted quién es, señorita?

—Oh —se turbó Lavinia—. Yo soy Lavinia Bromley, la hermana de…

—No tiene por qué contestar a las preguntas de este hombre —gruñó Kenesaw—. Vamos arriba… Y usted, Markhan, deje de molestar. Ya se le facilitará información en el momento oportuno.

Kenesaw tomó del brazo a Lavinia Bromley, y reanudaron la marcha hacia las escaleras. La habitación del herido Milton Bromley estaba en el primer piso, y ante la puerta había un policía de uniforme, que permaneció impávido cuando Kenesaw abrió la puerta y cedió el paso a la tímida pelirroja. Entraron los dos, y Kenesaw cerró la puerta…

Lavinia fue a sentarse en la silla que había junto a la cama en la que yacía un hombre, con las manos y el rostro vendado, poco menos que convertido en una momia.

—¿Qué tal, hermanito? —sonrió la muchacha.

—Bien —rió el hombre de la cama—. Estoy perfectamente, hermanita.

Kenesaw fue a sentarse en el borde de la cama, y de un bolsillo interior sacó un sobre, que tendió a la muchacha.

—Hemos incluido también un pasaporte —dijo—. Esperemos que el montaje pueda resistir cualquier investigación. De todos modos, si sale mal, no habremos perdido más que el tiempo…, También hay un pase especial para usted, para que pueda venir a ver a su hermano siempre que lo desee. En cuanto a su alojamiento en Nueva York, lo más lógico será que tome un taxi y le pida al taxista que la lleve a alguna pensión, o un hotel modesto. Nos ha parecido mejor que asignarle nosotros mismos un alojamiento, o que lo eligiera usted misma… Cuanto más natural sea todo, mejor.

—¿De veras? —sonrió la pelirroja.

Kenesaw enrojeció, sin duda porque pensó que acababa de cometer la tontería de dar consejos a quien sabía mucho más que él en aquellas cuestiones… Miró su reloj.

—Lo razonable —carraspeó—. Lo razonable sería que esta primera vez estuviese usted aquí sólo cinco minutos. Los días sucesivos irá prolongando las visitas…

—¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí herido? —le preguntó el paciente.

—¿De qué se queja? —Le miró, sonriente, Lavinia—. Mientras los demás trabajamos, usted se lo pasa tan ricamente en la cama, Simón.

—Caramba… ¡Pues es verdad, no había pensado en eso! Será buena idea que me lo tome como unas vacaciones, ¿verdad?

—Así es —asintió Lavinia Bromley—. Pero no se descuide ni un instante: en cualquier momento, podría entrar por esa puerta una visita que no sería de su agrado…

* * *

Lavinia abrió la puerta del cuarto que ocupaba en aquel modesto hotel, y se quedó mirando a los dos hombres que habían en el pasillo. Dos hombres altos, de buena facha, bien vestidos, con gabanes de calidad…, y una sonrisa amistosa en los labios.

—¿Señorita Bromley?

—Sí… Sí… ¿Qué desean?

—Nos gustaría conversar unos minutos con usted… ¿Podemos pasar?

—¿Son de la policía?

—No exactamente.

El que estaba hablando entró, apoyando amablemente una mano en hombro de Lavinia. El otro entró detrás, cerró la puerta, y miró alrededor, frunciendo el ceño. Poco había que ver: una habitación barata de un hotel barato.

—Me parece —dijo— que a Milton no le gustaría saber que su hermana está en un sitio como éste. Y tengo la impresión de que a él tampoco le gusta estar donde está, así que hemos pensado en sacarlo de allí. ¿Comprende, señorita Bromley?

—No… No, no…

—Queremos decir que disponemos de un lugar mucho más agradable para que el buen Milton se recupere de su accidente.

—Pero él está… está vigilado por la policía… ¿Ustedes son amigos de mi hermano?

—Muy amigos.

—¿Tam… también llevan pistola…?

El hombre sonrió simpáticamente.

—No hay que darle tanta importancia a una simple pistola, señorita Bromley. De todos modos, sí es cierto que Milton está en un… pequeño apuro, y, claro está, nosotros queremos sacarlo de él. Con la ayuda de usted, podemos rescatar a Milton, y llevarlo a un lugar mucho más confortable y alegre que una clínica vigilada por la policía. ¿Está dispuesta a ayudar a su hermano o no?

—Es que no… no entiendo en qué tengo que ayudarle… ¿De qué apuro me están hablando ustedes?

—Si no lo sacamos de la clínica, la policía lo llevará directamente a la cárcel, en cuanto esté en condiciones. Y de allí no es tan fácil salir.

—Pe… pero ¿qué… qué ha hecho Milton…? Sólo robó un coche…

—No se preocupe por esos detalles. Piense solamente una cosa: si no sacamos a Milton de la clínica, es muy posible que se pase el resto de la vida en la cárcel.

Lavinia se mordió los labios, y se dejó caer en el borde de la cama, mirando con ojos desorbitados al hombre. El otro se había acercado a la ventana, y miraba muy discretamente hacia la calle.

—Pero ¿qué… qué ha hecho? —insistió la muchacha.

El hombre de la voz cantante se sentó junto a ella, y le palmeó amistosamente una mano.

—Le explicaré las cosas a mi manera, señorita Bromley. Veamos… Nosotros nos interesamos por Milton, en cuanto apareció la noticia, en un rinconcito de un periódico… Luego, la radiaron, y ya no tuvimos dudas. Nos estábamos preguntando cómo podríamos sacar a Milton de la clínica, cuando apareció usted, hace tres días… Vimos su foto en un periódico, junto al sargento Kenesaw. Nos sorprendimos mucho, ya que Milton jamás había hablado de su hermana…, ni de nadie de su familia, ciertamente. De todos modos, durante estos tres días nos hemos estado interesando por usted, y,

finalmente, nos ha parecido que todo estaba bien, y que podíamos proponerle salvar a su hermano de pasarse toda la vida en prisión. ¿Podemos contar con usted?

—Ustedes… ustedes me han estado… vigilando durante tres días…

—Sí. A veces, por correr mucho, tropieza uno y se cae, rompiéndose las narices. Sabemos que la policía no la vigila a usted. ¿Para qué, si tienen a Milton? Nosotros lo salvaremos.

—¿Y adónde lo llevarían?

—A un sitio que a él le gusta.

—¿Qué sitio? No… no me gustan ustedes… Quizá sean… cómplices de mi hermano, que sólo quieren… matarlo, para que cuando esté bien no los delate a la policía…

—Ve usted demasiada televisión —rió el hombre.

—Quizá sí, pero no me atrevo a confiar en ustedes. No me gustan.

El hombre volvió a reír.

—Seguramente, nuestro aspecto no es muy tranquilizador. Pero tenemos que convencerla de que estimamos a su hermano, de que queremos salvarlo, no matarlo. Si usted conociese a nuestro jefe, comprendería que sólo le decimos la verdad.

—¿Qué jefe…?

—¿Le gustaría hablar con él? Podemos llevarla a su presencia, y él hablará con usted. Al mismo tiempo, verá el lugar adonde queremos llevar a Milton, y se convencerá de nuestras buenas intenciones. Sí, creo que es una buena idea que usted venga a ver al jefe. Si él no la convence, nosotros no insistiremos más.

—No… No, no. ¡Tengo miedo!

—¿Miedo? ¿De qué?

—Ustedes… ustedes quizá quieran matarme a mí…

—No… no me maten, no…

—Qué barbaridad… Mire, si nosotros quisiéramos matarla —el hombre sacó de pronto su pistola con silenciador—, podríamos hacerlo ahora mismo, sin ninguna complicación.

Lavinia había respingado, saltando hacia atrás, hacia el centro de la cama. Se quedó mirando la pistola con expresión desorbitada, mientras sus labios comenzaban a temblar…

—No… no me maten, no… ¡No!

—Señorita Bromley —el hombre se guardó la pistola—: sólo estoy intentando convencerla de nuestras buenas intenciones. ¿Va a venir con nosotros o no?

—Sí… ¡Sí, iré, sí!

—Magnífico —suspiró el hombre, poniéndose en pie—. Tenemos el coche en la esquina. Iremos allá a pie, y así podremos darnos cuenta de si alguien la está vigilando. La ayudaré a ponerse el abrigo…

Lo descolgó de la percha, y la ayudó. Lavinia miraba de uno a otro, con expresión asustada, desconfiada. Pero, evidentemente, la idea de que podían matarla en cuanto quisieran, la indujo a ser dócil, a no resistirse más…

—Nosotros bajaremos detrás de usted. Pero como si no nos conociésemos, ¿comprende? Al llegar a la calle, vaya hacia la esquina de la izquierda, despacio. La adelantaremos, entraremos en un coche, y usted hará lo mismo cuando le abramos la puerta de atrás. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí.

—Pórtese con naturalidad.

—Sí…

La operación se realizó con tranquilidad, sin darle importancia de ninguna clase.

Media hora más tarde, Lavinia Bromley, sentada en el asiento de atrás del coche junto al hombre de la voz cantante, abandonaba la ciudad de Nueva York, hacia el Norte, por la carretera *22*… Exactamente, hacia White Plains.

Capítulo V

Cuando llegaron a destino, comenzaba a oscurecer, pero aún había la suficiente luz para que Lavinia pudiese ver perfectamente la hermosa villa, y los jardines que la rodeaban. Era un lugar silencioso y tranquilo, donde no parecía haber nadie.

Pero sí había alguien. Un hombre salió del garaje, algo alejado de la casa, y se hizo cargo del coche. Lavinia y los dos acompañantes entraron en la casa. Fueron al salón. Allá había dos hombres más; uno de ellos estaba leyendo un libro; el otro contemplaba muy reflexivamente la disposición de las piezas en un tablero de ajedrez, e iba tomando notas. Fue a éste a quien Lavinia miró con mayor interés, aunque procurando disimularlo…

—Espere aquí un momento, por favor.

—Sí…

Los dos acompañantes salieron. Lavinia sonrió tímidamente a los dos que ya estaban allí, y que la miraban con curiosidad.

—¿Usted es la hermana de Milton? —preguntó el que tomaba notas de ajedrez.

—Sí, señor.

—Vaya, es un placer —sonrió el hombre—. ¿Cómo está el buen amigo Milton?

—Oh, está muy bien… Bueno, quiero decir que cada día está mejor.

—Nos alegramos mucho de ello. Y esperamos tenerlo pronto de nuevo con nosotros.

—Es usted muy amable, señor… señor…

—¿Sabe usted jugar al ajedrez?

—Muy poco.

—Venga, siéntese aquí, delante de mí… Y examine esta jugada. Usted tiene las blancas… ¿Qué haría en Una situación como ésta?

—¿Quiere tomar algo? —propuso el otro.

—No… No, gracias.

Lavinia fue a sentarse al lugar indicado, y se quedó contemplando la jugada, bajo la atenta mirada del solitario jugador, que sonrió al verla fruncir el ceño.

—No se precipite —aconsejó—. Examine bien la jugada.

—Sí, sí…

Al parecer, la señorita Bromley era una persona serena y reflexiva, porque se sumió en el estudio de la jugada. Hasta tal punto, que sus dos acompañantes regresaron antes de que hubiese podido dar una opinión.

—Venga, señorita Bromley: el jefe la está esperando.

Se puso en pie, lentamente, contemplando de nuevo la jugada. Acabó por mover negativamente la cabeza.

—Yo diría —murmuró—, que no hay nada que hacer: el jaque mate es inevitable, máximo en tres jugadas.

—¿Verdad que sí? ¡Estupendo! ¿Le gustaría jugar luego una partida conmigo? Digo esto porque supongo que el jefe va a tener la cortesía de invitarla a quedarse a cenar, y luego podríamos hacer la partida.

Lavinia asintió, sonriendo de aquel modo encantadoramente tímido. Salió del salón, acompañada siempre por sus amables anfitriones, que señalaron hacia la puerta de enfrente, al otro lado del espacioso vestíbulo. Fueron allá, uno de ellos abrió la puerta, y señaló hacia dentro.

Vio al jefe en cuanto entró. El hombre rodeaba la mesa llena de papeles, para acudir a su encuentro, sonriente, cordialísimo… Cualquier persona habría confiado inmediatamente en aquel hombre. Debía tener unos sesenta años, si bien, al primer golpe de vista podía aparentar más, sin duda debido a su gran cabellera de una blancura asombrosa, que hacía destacar su bronceado rostro. Un rostro, suave, casi dulce; boca bien dibujada, barbilla correcta y firme, nariz perfecta… La nobleza de su rostro, de su expresión, de su mirada, era por completo fuera de lo común. Sobrio, elegante, buenos modales…, Absolutamente excepcional.

—Señorita Bromley —saludó cariñosamente, tendiendo ambas manos, grandes, bellas, tostadas por el sol—. ¡No sabe cuánto me alegra conocer a un familiar de uno de mis amigos! ¿Cómo está el querido Milton?

Lavinia tendió sus dos manos, que quedaron entre las del apuesto caballero. La muchacha tragó saliva.

—Bien… Está mucho mejor, gracias.

—¡Cuánto me alegro! Pero —su ceño se frunció simpáticamente— hay que sacarlo de ahí inmediatamente. In-me-dia-ta-men-te. De ningún modo puedo consentir que uno de mis hombres esté en manos de la policía. ¡De ningún modo!

—Bueno… Milton había robado un coche, y llevaba…

—¡La policía no sabe nada de nada! Y lo malo es que no podemos darles explicaciones, porque generalmente lo echan todo a rodar. Son muy torpes. Bien, sin duda realizan aceptablemente sus trabajo específico, pero en cuanto intervienen en el nuestro, lo estropean todo. Por favor, siéntese, siéntese…

Todavía sin soltarle las manos, la llevó hacia el sofá, que ocupaba un lado, del confortable y elegante despacho. La sentó allí, le soltó por fin las manos, y se sentó junto a ella. Lavinia miraba alrededor, como maravillada, fascinada… Volvió a mirar al desconocido de los blanquísimos cabellos.

—¿Y cuál es un trabajo, señor…?

—Mi nombre es John D. Washington. Pero, por favor, llámeme John, simplemente… ¿Nuestro trabajo? Me gustaría poder decírselo, pero no es posible. Sin embargo, quizá a usted le baste saber que, tanto yo como mis hombres, uno de los cuales es su hermano, tenemos un cometido… patriótico.

—¿Pa… triótico?

—Sí. No debe censurar a su hermano por llevar pistola. Ni por robar un coche. Tenga la seguridad de que si él y el malogrado Herbert Neilan robaron un coche fue porque tenían motivos para hacerlo… Motivos en modo alguno censurable, se lo aseguro.

—Pero entonces… habría que decírselo a la policía…

No. Lo siento, es imposible. Basándonos en desagradables experiencias, tenemos prohibido el contacto con la policía. Claro está que, si no tuviésemos más remedio, nos veríamos forzados a aclarar la situación. Pero antes de llegar a eso, tenemos que hacer las cosas por nuestros propios medios. Desde el principio, nuestro servicio ha funcionado así: son órdenes de la Casa Blanca.

—¿De… de la… de la…?

—Me temo —sonrió John D. Washington— que ya le he dicho

demasiado. ¿Puedo rogarle que olvide lo que ha oído?

—Sí, pe… pero… Bueno, yo no entiendo…

—Vamos a sacar a Milton de esa clínica, lo antes posible… Mañana mismo, si usted nos ayuda. Vamos a ver… Sabemos que hay policías en la clínica, pero no conocemos exactamente cómo están distribuidos. ¿Lo sabe usted?

—Pu… pues…

—No se ponga nerviosa. Reflexione. En el vestíbulo hay uno, y sabemos que hay otro en el pasillo del primer piso, ante la puerta de su hermano. Eso es todo… ¿Hay más policías en la habitación, o en otros lugares de la clínica? Se entiende que estoy hablando de policías de paisano: los de uniforme no representan problemas de identificación. Y ahórrese la mención del sargento Kenesaw, ya que le conocemos. Apareció con usted en una fotografía, cuando usted llegó a la clínica, procedente de Winfield, Kansas. ¿Le repito mis preguntas?

—No… No, no. Bueno, hay… Sí, hay siempre dos hombres de paisano dentro de la habitación… Pero no siempre son los mismos.

—Naturalmente, los van relevando. Bien, dos en la habitación… ¿Qué más?

—Yo no he visto más. Bueno, no me he fijado… No sé. Sólo he visto al policía del vestíbulo, al del pasillo del primer piso, y luego a los dos hombres dentro de la habitación… Y al sargento Kenesaw, que casi siempre ésta por, allí.

John D, Washington asintió con la cabeza, y quedó unos segundos pensativo, antes de mirar a sus hombres.

—¿Qué os parece? —murmuró.

—A mí me parecen suficientes dos policías y dos de paisano —encogió los hombros uno de ellos—. Incluso demasiados, teniendo en cuenta que ellos no tienen ni idea de la importancia del asunto.

—Sí, parecen suficientes, así que no debemos complicarnos más la vida. A menos, claro está, que Milton les haya dicho algo, obligado. ¿Ha podido usted conversar con su hermano, señorita Bromley?

—Sólo un poco. Algunas palabras…

—¿Él no le ha dicho nada que a usted le pareciese extraño?

—No… La verdad es que le cuesta mucho hablar, casi no le entiendo…

—¿Sabe si la policía conversa con él, quizá forzándole más que usted?

—No. No creo que lo hagan… Ahora que usted menciona eso, recuerdo que uno de los hombres que hay dentro de la habitación dijo algo de interrogarlo, pero el otro contestó que no podían correr el riesgo de que empeorase, y que tenían que esperar… Algo así.

—¡Eso significa que todavía no ha dicho nada! —exclamó el segundo acompañante de Lavinia.

—Y por lo tanto —asintió John D. Washington—, debemos actuar a toda prisa. ¿Le permitirían a usted visitarlo esta noche, señorita Bromley?

—No. Seguro que no.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque me he ofrecido varias veces a quedarme por la noche, y siempre me han dicho que no es necesario, que Milton está bien atendido, y que debo limitarme a visitarlo durante el día, unos minutos por la mañana y unos minutos por la tarde. Nunca más de quince minutos.

—Ya… ¿La registran a usted antes de entrar en la habitación?

—¿A mí? —Respingó Lavinia—. ¿Por qué tendrían que hacerlo?

—¿No lo hacen?

—¡Claro que no!

—Espléndido —sonrió alegremente Washington—. Voy de dedicarme esta noche a estudiar un plan, por el que conseguiremos sacar a su hermano de la clínica, sin grandes problemas. Mientras tanto, considérese en su casa.

—¿Quiere decir… que tengo que quedarme aquí esta noche?

—Es lo mejor. Nosotros…

El teléfono sonó. Los dos hombres de Washington miraron a éste, que les hizo un gesto, y fue a tender la llamada personalmente.

—¿Si?

John D. Washington se irguió vivamente, casi adoptando la posición de firmes.

—Señor Presidente —murmuró—. Sí, sí, soy Washington, siempre a sus órdenes. Dígame.

—Sí… Nos estamos ocupando de ello, en estos momentos. Ha aparecido una hermana de Bromley, de modo… Ah, ¿ya lo sabía? Sí, claro, supongo que todos los periódicos llegan a la Casa Blanca,

y que son analizados…. ¿Perdón?

—Sí… Pierda cuidado, señor Presidente: le garantizo que mañana habremos sacado a Milton de la clínica. Sí…, Naturalmente…

—Gracias, señor. Buenas noches… Siempre a sus órdenes…

John D. Washington colgó, lentamente, y se quedó inmóvil, con la mirada perdida. De pronto, miró vivamente a Lavinia, como sobresaltado…, pero sonrió al ver la expresión estupefacta de la muchacha.

—No se complique la vida —dijo amablemente—. Ni quiera saber más de lo necesario, señorita Bromley. Simplemente, dedíquese a descansar, y déjeme que yo lo dirija todo… Hay personas que confían en mí, y no puedo defraudarlas… ¿Me defraudará usted a mí?

—No… N… n… no, señor, no…

—¿Nos ayudará?

—¡En todo lo que sea! Bueno, yo… yo… yo desconfiaba de sus hombres, pero…

—Por favor, ni siquiera comentemos eso…, ni lo que usted ha oído en este despacho. ¿Cuento con ello?

—Sí… ¡Naturalmente!

—Gracias. Y ahora, tendrá que perdonarme: debo pensar en nuestra labor de mañana. Mientras tanto, como ya le he dicho, considérese en su casa. Arriba hay varias habitaciones libres, así que elija la que más le guste.

—Sí… Sí, señor…

—Discúlpeme, pero no podré cenar con usted. Espero que mis hombres sepan distraerla y tranquilizarla. Y no se preocupe —sonrió de nuevo Washington de aquel modo fascinador—: con su ayuda, mañana tendremos a Milton fuera de la clínica. Buenas noches.

—Buenas noches…

Capítulo VI

Tendida en la cama, a oscuras, pero con los ojos abiertos, relucientes al reflejar la luz de las estrellas y la luna menguante que entraba por la ventana, Lavinia Bromley oyó nítidamente las campanadas procedentes del reloj de pie del salón: las cuatro de la madrugada.

Era absurdo esperar más.

Salió de la cama, se colocó bien la peluca de rojos cabellos, y se puso el vestido. Luego, caminó descalza hacia la puerta de la habitación que había elegido, y aplicó una orejita a la madera… El silencio era absoluto.

Abrió la puerta cuidadosamente, salió al pasillo, y la cerró de nuevo. Se deslizó hacia la escalinata, y descendió al vestíbulo, sin producir siquiera un roce con sus pies descalzos… Lo primero que hizo fue llegarse a la puerta de la casa, y probar si podía abrirla… Es decir, movió sólo un poco el pomo…, y retiró vivamente la mano. ¿Y si al abrir la puerta sonaba una señal de alarma? Esto era lo lógico, en una casa como aquélla, ocupada por hombres tan amables que no podía haber pedido más.

Había cenado estupendamente, conversando con los cuatro sujetos, a los que fue conociendo por sus nombres: Mortenson, Crawford, Willes y Mac Craney. Eran muy amables y correctos. Después de cenar, había jugado una partida de ajedrez con Willes, al que había permitido ganar; luego, habían visto la televisión, y finalmente, tras una copa, se habían retirado todos a descansar. Pero… ¿podría admitir que ellos no hubiesen previsto que ella quisiera marcharse?

No había vigilancia, todo parecía normal… Como si ella fuese realmente una simpática invitada… Pero, decididamente, debían haber tomado sus precauciones, así que optó por no tocar más la puerta. Si la descubrían merodeando, ya se las arreglaría de un

modo u otro para salir de allí.

Cruzó el vestíbulo, en dirección al despacho. Con la mano en el pomo de la puerta, estuvo vacilando unos segundos.… ¿Y si allí también había alarma?

—Muy bien —se dijo—. Sé ya lo suficiente para que eso no tenga importancia.

Empujó la puerta… No había alarma alguna. A menos que la alarma fuese de tal naturaleza que sólo sonase en el dormitorio de John D. Washington. Previniendo esto, permaneció no menos de dos minutos delante de la puerta, sin entrar en el despacho, esperando… No ocurrió nada.

Entró, ajustó la puerta tras ella, y se dirigió hacia la mesa. La rodeó, pasó detrás, y se detuvo, ante el cuadro que había estado mirando antes, representando un paisaje según la peculiar visión del artista, que quizá era genial, pero poco convincente: Lavinia jamás había visto árboles que creciesen doblados en ángulo recto…

Apartó el cuadro. El resplandor de la noche estrellada se reflejó en la puerta de la caja fuerte empotrada… El reloj de pie del salón dio las cuatro y cuarto. Tenía un sonido muy bonito, como amortiguado, que debía extenderse dulcemente por toda la casa, como una breve musiquilla metálica.

Los finos deditos de Lavinia Bromley se posaron en el dial de la combinación, y comenzó a moverlo, suavemente.

Un minuto.

Dos… Cinco… Diez…

Estaba a punto de lograrlo. Un par de minutos más, y…

El despacho quedó de pronto inundado de luz, pero tan brevemente que cuando Lavinia respingó y saltó, alejándose de la caja fuerte, volvía a estar a oscuras. Estuvo desconcertada quizá un par de segundos; esto es, el tiempo que tardó en oír el motor de un coche acercándose.

Lo primero que hizo Lavinia fue hacer girar el disco, de modo que no se notase que parte de la combinación había sido ya marcada. Luego puso bien el cuadro, y corrió hacia la ventana del despacho… Todo esto, en menos de cinco segundos.

Miró al exterior, y vio el coche, cuyos faros, por aquel instante, habían lanzado la luz al interior del despacho. Considerando que Lavinia Bromley tenía un oído finísimo, debió oír el motor del

coche antes de que las luces de éste iluminasen el despacho, pero, ciertamente, su oído había estado dedicado a escuchar los mecanismos de la combinación de la caja fuerte…

Afuera, delante de la casa, el coche se detuvo. Los faros fueron apagados, quedando tan sólo encendidas las luces de posición… También éstas fueron apagadas muy pronto, pero no tanto que Lavinia no pudiese ver perfectamente la matrícula del auto… del cual brotó brevísimamente el sonido del claxon. Y acto seguido, dos veces más.

Lavinia Bromley dio la vuelta, corrió hacia la puerta del despacho, salió y cerró tras ella, y se lanzó escaleras arriba, a toda velocidad. Y decir «a toda velocidad» no era una frase hecha en esta ocasión: realmente, la velocidad desplegada por la señorita Bromley fue digna de admiración, incluso de pasmo. Subió la escalinata prácticamente en dos segundos, recorrió el pasillo en ese mismo tiempo, y entró en su habitación justo cuando aparecía una raya de luz por debajo de otra de las puertas que daban al pasillo.

Cerró la puerta, y quedó apoyada de espaldas en ésta, conteniendo un suspiro de alivio.

—Zambomba… —pensó—. ¡Casi me atrapan!

Se quitó el vestido rápidamente, y se metió en la cama, colocándose de lado… Pero nadie entró a fisgar en su dormitorio. En el pasillo oyó voces apagadas, el deslizarse de unos pies…, Una raya de luz entraba en su dormitorio por debajo de la puerta, pero muy pronto desapareció.

Esperó unos segundos más, volvió a salir de la cama, y fue a la ventana. Veía el coche perfectamente, Y eso era todo. Pero a los pocos segundos, la portezuela del conductor se abrió, y un hombre alto salió del vehículo, caminando hacia la puerta de la casa… Desapareció.

Desde abajo llegó el toque de las cuatro y media, las cuatro y media de la madrugada… No podía decirse que fuese una hora adecuada para recibir visitas. Sin embargo, el hecho cierto era que había llegado una visita a la casa, y que alguien le había abierto la puerta. Lógicamente, John D. Washington. Acompañado por alguno de sus hombres, claro.

Lavinia retrocedió, y se sentó en el borde de la cama. Por supuesto, la persona que se molestaba en hacer visitas a aquella

hora era porque no quería ser vista… En la mente de la señorita Bromley hubo una especie de chispazo, de luz… Exactamente: aquella persona no quería ser vista, pero… ¿qué había ocurrido días antes? Tras la entrevista con John D. Washington, esa persona había emprendido el regreso, y, o la conferencia había sido muy larga o bien había tenido una avería en el coche, un pinchazo… Resultado: al amanecer, todavía estaba por allí. Y entonces, cuando viajaba por allí, aparecen dos sujetos haciendo *footing* y esgrima de boxeo. Es decir, esto lo hacía uno, y, mientras tanto, el otro tomaba fotografías… Muchas fotografías, para luego seleccionar las mejores y más adecuadas. ¿Qué ocurre entonces? Pues que la persona que iba en el coche había sido fotografiada casualmente. O quizá el coche. O algo que resultase comprometedor para esa persona, que sólo pudo imaginar una cosa: he ahí un boxeador entrenándose, y su fotógrafo obteniendo fotos para la prensa…

Si las fotos aparecían publicadas, a alguien podían prestar atención a una de ellas, la que resultase comprometedora para aquella persona. Entonces, ¿qué hace esa persona? Pues, vuelve la cabeza, ve la matrícula del coche en el cual se meten el boxeador y el fotógrafo, y la comunica a otras personas, que se dedican inmediatamente a hacer indagaciones. Resultado final; el coche tal pertenece a un tipo llamado Frank Minello, que tiene un apartamento en tal calle…

—¿Demasiado fantástico? —pensó Lavinia.

Quizá. Pero, de momento, no se le ocurría otra explicación.

El reloj del salón dio las cinco menos cuarto: tres musicales campanadas, adornadas de suave arpegio, que recorrieron la casa…

Y apenas dos minutos más tarde, Lavinia oyó el zumbido del motor del coche, al ser puesto en marcha. Corrió a la ventana, y vio el coche ya maniobrando. Segundos después, las dos luces rojas de atrás desaparecían en la oscuridad…, mientras en el pasillo resonaban quedamente unos pasos. Lavinia se metió a toda prisa en la cama, y vio la luz en el pasillo, el chasquido de una puerta al ser cerrada…

Finalmente, oscuridad y silencio.

Pensó en volver al despacho, pero desistió de ello. Cabía posibilidad de que John D. Washington tardase en dormirse, y, quizá, la oyese… o decidiese de pronto volver al despacho, para

tomar algunas notas sobre el asunto que había tratado con el visitante…

Lavinia Bromley cerró los ojos, y se durmió al instante.

* * *

—¿Ha dormido bien? —le sonrió John D, Washington.

—Oh, sí… Y estoy sorprendida, porque hace días que no lo conseguía. Quizá porque Nueva York es muy ruidoso, o porque estoy preocupada por Milton…

—Esa preocupación vamos a eliminarla muy pronto —aseguró Washington—. Y luego, usted y Milton podrán descansar aquí todo el tiempo que quieran. Bien… Le voy a regalar un frasco de perfume, señorita Bromley. ¿Le gusta el perfume?

—Sí… Sí, claro…

Washington tomó de la mesa del despacho un pequeño frasco, y se acercó a Lavinia, mostrándoselo.

—Le ruego que no lo abra hasta que llegue el momento —dije amablemente—: contiene gas narcótico. No se asuste. Simplemente, estoy haciendo las cosas de modo que no tengamos que lastimar a nadie. Pero será mejor que le explique todo mi plan, ¿no es así?

—Sí… Sí.

—Bien. Dentro de unos minutos, Crawford y Mac Craney la seguirán. Usted sube a su habitación, se arregla para ir a ver su hermano… En fin, todo lo que ha estafado haciendo estos días. No cambie nada. Mac Craney estará siempre cerca de usted, por si ocurriese algo imprevisto, que a usted la desconcertase. Y además, vigilando por si la policía, inopinadamente, decidiese vigilarla a usted, lo cual no han hecho hasta ahora, por fortuna. Bien. Usted va a ver a su hermano…

—¿Dónde estará Crawford?

—Muy cerca también —sonrió Washington—. A Crawford le corresponde prepararlo todo para sacarlos a usted y a su hermano de la clínica…

—¿A mí también?

—Si. Porque usted estará tan dormida por el gas narcótico como su hermano… y como los tres policías.

—¿Tres? Sólo hay dos que…

—Espere, espere… Usted va a ver a su hermano, entra en su habitación, conversa normalmente con los dos policías del interior, y con su hermano, si él está en condiciones. Todo normal. Cuando lleve allí dentro unos diez minutos, abre la puerta de la habitación, y le dice al policía del pasillo que haga el favor de entrar un momento… Es posible que el policía se sorprenda, y también los otros dos, pero eso ya no debe importarle. Lo que sí importa es que el policía del pasillo entre en la habitación. En cuanto esté dentro, y la puerta cerrada, usted destapa el frasco de perfume. Es todo lo que tiene que hacer. Inmediatamente, todas las personas que estén en la habitación caerán en un profundo sueño, que durará no menos de una hora… Y sí todo sale como he previsto, es muy posible que cuando usted despierte, ya esté de nuevo aquí, señorita Bromley.

Lavinia se quedó mirando, fascinada, el pequeño frasco de perfume que Washington sostenía ante ella. Por fin, parpadeó, como volviendo a la realidad.

—Pero… ¿cómo nos sacarán de la clínica?

—No se preocupe por esos detalles, que corren a cargo de Crawford. Como ve, todo lo que haremos será dormir a tres policías, y llevarnos a su hermano de un modo pacífico. ¿Tiene usted alguna duda?

Lavinia Bromley puso cara de pensar, mientras Washington, Crawford y Mac Craney la miraban atentamente. Por fin, la pelirroja encogió los hombros, y sonrió.

—Tendría que ser tonta para no hacer bien una cosa tan sencilla, ¿verdad?

—Sí —rió Washington—. En efecto, tendría que ser tonta, Lavinia. Y por suerte para todos, no lo es. Sobre todo, no se le ocurra abrir el frasco hasta el momento justo, pues caería usted dormida en el acto, allá donde estuviese… ¿Dónde lo ocultará?

Lavinia miró con gesto de pasmo a Washington.

—¿Y por qué tengo que ocultarlo? Es sólo un frasco de perfume, que cualquier mujer puede llevar en el bolso… ¿O no?

—Supongo que sí —volvió a reír Washington—. Bien, eso es todo… Espero que tendremos suerte.

—¿Y cómo nos sacará Crawford de la clínica? ¿Dentro de cestas de ropa, como en las películas?

—Algo así —rió más sonoramente que antes John D.

Washington—. Pero ya le he dicho que no debe preocuparse por esos detalles. Piense tan sólo que, alrededor de una hora después de haber destapado ese frasco de perfume, usted y Milton despertarán aquí.

—Pero la policía nos buscará.

—Sí —admitió el apuesto personaje—. Pero dentro de tres semanas, podremos darles ya algunas explicaciones a la policía, y todo terminará bien.

—¿Y durante esas tres semanas, Milton y yo estaremos escondidos aquí?

—Claro. Lo malo de todo esto —frunció ahora el ceño John D. Washington— es que su hermano estaba encajado en el caso, y siempre ha sido un agente muy eficaz… En fin, tendremos que preparar rápidamente a otro, y terminar el trabajo para que el señor Pres… para bien de todos.

Lavinia parpadeó repetidamente, como confusa. Durante unos segundos, nadie dijo nada, como esperando alguna respuesta por parte de la muchacha. Respuesta que no llegó. Así que, finalmente, Crawford miró su reloj.

—Creo que deberíamos marcharnos ya, señorita Bromley.

Capítulo VII

Debían ser las once y media de la mañana cuando Lavinia Bromley llegó al estacionamiento de la clínica, en un taxi. Pagó la carrera, se apeó, y miró hacia la escalinata que ascendía hacia la puerta. Alzando más la mirada, vio, a través de los cristales, al policía de uniforme, de pie en un lado del vestíbulo.

Comenzó a caminar hacia allí, mientras el taxi daba la vuelta para salir del recinto de la clínica. En esta maniobra, el taxi se cruzó con una camioneta pintada de blanco completamente; pero, en uno de los lados, Lavinia vio el gran ramo de flores pintadas, y, encima de las flores, el nombre de una floristería. Por un brevísimo instante, una ceja de la señorita Bromley se alzó… Inmediatamente, vio al hombre que conducía la camioneta, y que, a su vez, inexpresivo el rostro, la estaba mirando… Era Crawford.

Tras un parpadeo, Lavinia prosiguió su marcha hacia la entrada de la clínica. Una vez en el vestíbulo, se volvió, como casualmente… La camioneta había quedado fuera de su radio visual, pero, en cambio, vio a Mac Craney, llegando a pie, directo hacia la puerta. Mac Craney se dio cuenta de que ella le estaba mirando, y se detuvo, frunciendo ligeramente el ceño, y moviendo la barbilla hacia delante.

Lavinia desvió la mirada, y se dirigió a recepción.

—Soy…

—Buenos días, señorita Bromley —le sonrió, condescendiente, la recepcionista—. Espero que encuentre a su hermano mucho mejor hoy.

—Sí… Gracias. Gracias, muy amable…

—Aunque no sé… Parece que está en dificultades, ¿verdad?

Lavinia Bromley se mordió los labios, antes de murmurar:

—Todo tiene que ser un malentendido, que Milton aclarará cuando esté bien.

—Sí… Claro. Bueno, puede subir cuando guste, desde luego.

—Gracias.

Subió al primer piso, tras dirigir una mirada al policía, que la contemplaba con cierta curiosidad. No lo conocía… Tampoco al del pasillo lo había visto antes, así que abrió el bolso, y sacó el pase especial que le había facilitado el sargento Kenesaw.

—Soy… soy la hermana de Milton Bromley…

El policía echó un vistazo a la tarjeta, asintió con la cabeza, y empujó la puerta, tras llamar a ella con los nudillos. Lavinia entró, y el policía cerró, quedándose afuera.

Sentado en el borde de la cama, el sargento Kenesaw volvió la cabeza, y miró fijamente a la pelirroja de los lentes.

—¿Alguna novedad? —musitó.

—No —ella se sentó en la silla junto a la cama—. Todo sigue su curso. Mac Craney ha llegado a pie, y seguramente entrará en la clínica, de un modo u otro. Crawford está afuera, con una camioneta… de una floristería.

—¡Atiza! —exclamó el herido—. ¡Esta sí que es buena!

—Sí… No deja de ser divertido. Pero a fin de cuentas, a nosotros nos gustan las floristerías, ¿verdad? Bueno —miró a Kenesaw—: ¿qué sabemos del coche?

—¿De qué coche? —Se pasmó Kenesaw.

—¿Cómo que de qué coche? —exclamó Lavinia—. ¡Del que le facilité la matrícula, cuando le llamé hace una hora desde el hotel!

—Ah… Demonios, lo están buscando. Oiga, hace menos de una hora de eso. No pretenderá…

—Está bien, está bien, que sigan buscándolo. ¿Todo lo demás está preparado?

—Lo demás, sí. Hemos tenido que trabajar a toda velocidad, pero creemos no haber dejado suelto ningún detalle… ¿Puedo ver ese frasco de perfume?

Lavinia lo sacó del bolso, y se lo tendió.

—No se le ocurra abrirlo: contiene gas venenoso.

—¿Venenoso? ¡Pero usted me ha dicho por radio…!

—No. Tiene que ser venenoso, no narcótico. He estado pensando mucho sobre ello, y me he convencido, al ver la camioneta de la floristería. Con esa camioneta, sólo pretenden engañar a la tonta señorita Bromley, hacerle creer que la van a sacar en ella de la

clínica, con su hermano, claro. Pero ¿cómo harían eso, utilizando una camioneta que sólo lleva flores? Eso aparte de que, por poco que pensemos, tenemos que comprender que les es más fácil matarnos a todos que sacar a dos personas de aquí. ¿Ha traído las caretas antigás?

—Sí, claro.

—Procedamos, entonces. ¿Qué están esperando nuestros compañeros para venir aquí?

—Están tomando un café abajo, aprovechando mi presencia aquí. Hay que dar a todo un aspecto lógico y oficial, ¿no?

Lavinia miró su reloj, y frunció el ceño.

—Espero que lleguen a tiempo de tomar parte en el juego. De lo contrario, Mac Craney y Crawford podrían sospechar algo… ¿Y de John D. Washington? ¿Se sabe algo?

—Todavía no.

—Está bien. Deme una de esas caretas, y ustedes pónganse las suyas.

Kenesaw sacó una pequeña maleta de debajo de la cama. De la maleta, varias caretas antigás, una de las cuales tendió a Lavinia Bromley. Ésta esperó a que Kenesaw y el «herido» se colocaran adecuadamente sus caretas, se puso la suya, y se acercó a la ventana, que abrió un par de centímetros. Colocó ambas manos en aquella rendija, sujetando el frasco de perfume. Quitó el hermético tapón de cristal, y esperó casi un minuto, dejando que el gas se evaporase hacia el cielo. Luego, dejó el frasco en el suelo, al pie de la ventana, y se alejó lo máximo. Retiró un instante la careta, olfateó, y se la volvió a colocar a toda prisa…, para quitársela definitivamente acto seguido.

—Ya está —dijo.

Los tres se quitaron las caretas. Kenesaw las guardó en la maleta, cerró ésta con llave, y la colocó dentro del armario. Lavinia había recogido el frasco, y había colocado de nuevo el tapón. Cerró la ventana, y volvió a sentarse de la silla… Estaba mirando su reloj cuando la puerta se abrió, y entraron los dos hombres encargados de la vigilancia directa del «herido».

—Adiós —dijo Kenesaw.

—Adiós, hombre —sonrió uno de ellos.

Cerró la puerta después que Kenesaw hubo salido, y miró a la

pelirroja.

—El que va a pie ha entrado en la clínica —dijo.

—Magnífico… Vamos a darle un par de minutos más. Tengo ganas de que esto termine para verle la cara, Simón —miró al herido.

—Más ganas tengo yo —dijo el hombre de la cama—. Aunque de momento ya me han quitado los vendajes de una mano, ¿ve?

Sacó la mano derecha de bajo la ropa de la cama…, mostrando la pistola con silenciador, firmemente empuñada. Lavinia asintió con la cabeza.

—No vacilaré en usarla, sí las cosas fuesen distintas a como yo he previsto.

—Puede estar segura de que no pienso dejarme matar en la cama.

—Sería bochornoso, en efecto —sonrió Lavinia; volvió a mirar su reloj, y se puso en pie—. Atentos: se va a alzar el telón, pues Mac Craney debe estar ya por el pasillo.

* * *

Mac Craney se había detenido, muy cerca del policía que vigilaba la puerta, y estaba buscando en sus bolsillos, con gesto de preocupación, haciendo tiempo… Por suerte, no tuvo que prolongar mucho su actuación.

El policía le estaba mirando, pero volvió la cabeza cuando la puerta de la habitación se abrió, y apareció Lavinia.

—¿Quiere entrar un momento, por favor? —pidió ésta.

—Sí, claro… ¿Qué ocurre?

—Nada importante. Es que…

La puerta se cerró tras el policía. Mc Craney miró su reloj, y se pasó la lengua por los labios. Luego miró arriba y abajo del amplio pasillo, solitario en aquel momento.

Esperó solamente medio minuto. Entonces fue hacia la puerta, la abrió, y echó un rápido vistazo al interior de la habitación. Un simple vistazo, con el que abarcó toda la escena… El herido continuaba en la cama. Junto a ésta, como arrugada junto a la caída silla, la señorita Bromley yacía en el suelo, con la cara vuelta hacia la puerta, abiertos los ojos; muy abiertos, quizá porque se le habían

caído los lentes, y quería suplirlos abriendo tanto los ojos… Pero ya no estaba en condiciones de ver nada… Entre ella y la puerta se hallaba uno de los vigilantes de Milton Bromley, caído de bruces. El otro estaba junto a los pies de la cama, de lado, con la mano derecha bajo el cuerpo…

Mac Craney sonrió, cerró la puerta, y se alejó. Bajó al vestíbulo, y salió de la clínica, mirando hacia donde estaba detenida le camioneta blanca con flores pintadas en los lados. Salió del recinto de la clínica, y se alejó avenida abajo. Segundos después, la camioneta se detenía junto a él, Mc Craney subió inmediatamente, sentándose junto a Crawford, que preguntó:

—¿Sí?

—Claro.

—Vaya, demonios… ¡Y nosotros que perdimos el tiempo investigando a esa chica, por si era una trampa!

—Podía haberlo sido: no la investigamos a fondo.

—Si te parece, podemos dedicarnos a eso ahora.

Rieron los dos. Crawford había puesto de nuevo en marcha la camioneta.

—De todos modos —movió la cabeza Mac Craney—, lo siento por Milton, de verdad.

—Yo también —masculló Crawford—. Pero lo que debemos pensar ahora es evitar el modo de que algún día nos encontremos en su caso.

Tardaron dos minutos en llegar adonde Crawford había dejado el coche. Pasaron de largo, dejaron la camioneta en el primer estacionamiento que encontraron, y regresaron a pie. Se metieron en el coche, y volvieron hacía la clínica… Tuvieron que dar dos o tres pasadas, y efectuar otras tantas breves esperas hasta que en la avenida quedó libre un estacionamiento. Lo ocuparon, pararon el motor, y encendieron cigarrillos.

Expeliendo el humo, Mc Craney musitó:

—Veamos qué pasa ahora.

Y se quedaron mirando hacia la clínica.

A las doce y cinco, llegó Kenesaw, en un coche de la policía, que apareció a toda velocidad. Detrás de aquel coche, llegaba otro, cuyos ocupantes saltaron del vehículo a toda prisa, y corrieron detrás de Kenesaw hacia el interior de la clínica. En un instante,

todo se llenó de policías. Y todavía, dos minutos más tarde, llegó otro coche patrulla. Uno de los hombres de paisano que habían seguido a Kenesaw apareció en el estacionamiento, y comenzó a dar órdenes a grito pelado…

—¿Qué tal si nos fuésemos ya de aquí? —sonrió Crawford.

—Está bien. Al que me gustaría encontrar, para terminar este asunto imbécil, es al boxeador.

—Quizá ellos lo mataron, a fin de cuentas.

—No sé… Willes dijo que apareció por su apartamento, y que debió olerse lo que ocurría cuando encontró la puerta abierta, porque cuando ya iba a entrar, echó a correr, de pronto. Salió, le disparó, y el otro cayó escaleras abajo, gritando que allí habían más… Así que Willes se apresuró a largarse por la escalera de incendios,…, dejando vivo al tipo ese, el tal Minello. Y si estaba vivo entonces, ¿cómo podemos pensar que Milton y Herbert lo mataron?

—Washington ya encontró la explicación, ¿no? El tal Minello debió arreglárselas para escapar de Herbert y Milton, quizá porque estaba con algunos amigos, que le ayudaron… Eso explicaría que Herbert y Milton, sorprendidos, tuviesen que robar un coche para escapar, pues debían tener el suyo lejos. Y entonces sufrieron el accidente. En cuanto a Minello, mosqueado, volvió a su apartamento, con algunos amigos, y comprendió que algo no iba bien. Así que escapó de otra buena… Pero, quizá Herbert y Milton lo encontraron de nuevo poco después, lo mataron entonces, y fue al escapar esta vez cuando tuvieron el accidente.

—Yo creo que no está muerto —insistió Mac Craney.

—¿Qué importa? Tenemos las fotografías y los negativos, y eso es lo único que podría ocasionar problemas a los… clientes de Washington. Por lo demás, ¿qué demonios nos importa dónde pueda estar ese Minello…, si es que todavía está vivo?

Capítulo VIII

—¡Estoy muerto! —aulló Minello—. ¡Estoy muerto y remuerto de asco! ¡Maldita sea, que esto no hay quien lo aguante!

—Cálmate, Frankie —le miró, sonriente, Brigitte.

—¡No me da la gana de calmarme!

—Bueno; pues no te calmes. Aquí puedes gritar todo lo que quieras, pues nadie te oirá… Nadie excepto yo, que me voy a quedar sorda.

—¡Yo sí que me estoy poniendo gordo!

Brigitte le miró, sorprendida, pero de pronto se echó a reír.

—He dicho SORDA, no GORDA.

—¡Tú puedes decir lo que quieras, pero yo estoy engordando como un tocino! No sólo estoy perfectamente de la herida, sino que me estoy pegando la vida padre, así que me engordo… ¡Pero ya estoy harto!

—Pues si estás harto, no comas más.

—¡Estoy harto de estar aquí dentro, no de comer!

—Pues si tienes hambre, come.

—¡No quiero comer!

—¿En qué quedamos? ¿Estás harto o tienes hambre?

—¡Estoy harto de…! ¡Y no estoy harto de…! O sea, que no tengo hambre, pero sí estoy harto… Quiero decir… ¡Zambomba! —Minello sonrió, de pronto—. ¡Has conseguido meterme en uno de esos tontos líos en los que siempre te meto yo a ti!

—Con lo que queda demostrado que no hay que enseñarle al enemigo nuestras artimañas.

—¡Tú no eres mi enemiga!

—¿No? ¿Qué soy, entonces?

—Pues eres… Bueno, eres…

—¿Sí, Frankie?

—¡Eres Brigitte!

—Aaaah… Yo creía ser Lavinia Bromley.

—¡Estabas feísima con esa caracterización! ¡Si hasta parecía que no tenías pecho y en cambio…!

—En cambio…, ¿qué?

—Mujer, pues… Bueno —Minello describió unas curvas ante su propio pecho—. Lo que quiero decir es que tienes dos buenas… dos buenos.

—¡No seas vulgar, Frankie!

Minello suspiró profundamente, y se dejó caer en el sofá junto a Brigitte. Apoyó los codos en las rodillas, echándose hacia delante, y la cara en las manos. Estuvo así un par de minutos, hasta que, de pronto, murmuró:

—Ni siquiera me dejaste ir al entierro del pobre Terry.

—Ya fui yo en nombre de los dos.

—Pero yo podía…

—Ya no tiene remedio. La CIA lo arregló todo de modo que la muerte de Terry Dunhill pareciese fruto de una mala casualidad, que ocasionó que Terry sorprendiese en tu apartamento a un ladrón, que le mató… Créeme que siento que lo hayan matado, Frankie… Era un muchacho simpático y honesto. Pero si hubieses ido a su entierro, quizá te habría visto alguien que no nos interesa que te vea.

—¿Con que es eso…? ¡Temías que estuviesen vigilando el entierro, por si aparecía por allí intentar de nuevo matarme!

—Naturalmente que temía eso. Vamos, deja ya de vociferar. No resulta adecuado en una persona que está de vacaciones.

—¿De vacaciones? ¿Yo estoy de vacaciones?

—Frankie, de verdad, a veces pareces tonto… ¿Cómo crees que Miky ha explicado tu ausencia del periódico, durante unos cuantos días?

—De modo que oficialmente estoy de vacaciones —Minello se tendió en el sofá, de modo que su cabeza descansó en el regazo de Brigitte, que sonrió—. ¡Estupendo! Sí, es buena idea… Sólo tengo que sugestionarme: estoy de vacaciones en… ¿Qué te parece Acapulco?

—No —negó Brigitte.

—¿Cómo que no? ¡A mí me gusta Acapulco!

—Pero, Frankie…

—O las Hawai.

—Tampoco.

—Bueno… ¿Las Bahamas?

—No, Frankie.

—Mmm… Puedo haber ido a Italia. ¡Ah, Italia…! ¡La cuna de la sabiduría mundial!

—No digas eso: es un poco exagerado, me parece. Claro que Italia…

—Sí, sí, sí… Italia. Creo que es lo adecuado. A nadie puede sorprenderle que yo esté en Italia, puesto que desciendo de italianos. Sí, puedo estar en Italia, tomando el sol, rodeado de bellísimas *ragazzas* de grandes ojos negros que…

—Creí que te gustaban los ojos azules —frunció el ceño la divina espía.

—¡Me gustan *tus* ojos azules! Pero ¡unos grandes ojos negros, llenos de picardía…! ¿Eh? ¿Qué te parece? Sí —cerró los ojos, soñador—. Estoy en el Sur de Italia, rodeado de hermosas muchachas que me acarician con sus miradas, mientras yo tomo el sol en una playa…

—Frankie…

—Eso es: estoy tomando el sol, y me rodean cientos de muchachas, que me admiran, están locas de amor por mí. De pronto, yo me doy cuenta, las miro con pena, y les digo: bellas *bambinas,* no me miréis, no me améis, porque mi corazón ya tiene dueña, jamás podrá ser de ninguna otra mujer. Sois, muy bonitas, muy dulces, muy simpáticas, muy cariñosas, pero conmigo estáis perdiendo el tiempo, porque jamás… jamás podré amaros. Sí, eso les diré, mientras tomo el sol…

—De eso se trata, Frankie —murmuró Brigitte, acariciándole la frente—. Hay que tener en cuenta que estos días encerrado aquí no han contribuido precisamente a broncearte, así que no puedes haber estado de vacaciones en lugares soleados, como Acapulco, Hawai, las Bahamas…

—Entonces…, ¿dónde estoy de vacaciones?

—En Alaska.

—¡Zambomba! —Minello se sentó nuevamente en el sofá, bruscamente—. ¡En Alaska! ¡Maldita sea mi suerte! ¿Y qué demonios tengo que hacer yo en Alaska?

—Estás cazando, con un antiguo amigo.
—No me gusta cazar.
—Estás aprendiendo.
—Me parece —reflexionó Minello— que voy a tomar un trago de *whisky*. ¡Hace mucho frío aquí, en Alaska!
—Sírveme otro a mí —rió Brigitte.
Minello fue hacia el mueble-bar del sótano, en el que no faltaba nada, y sirvió dos prudentes tragos de *whisky*. Volvió a sentarse junto a Brigitte, tendiéndole un vaso.
—¿Crees que esa gente habrá hecho investigaciones en el Depósito de Cadáveres? —preguntó.
—No sé. Pero seguramente, no. De todos modos, pueden hacer las investigaciones que quieran… o puedan. Oficialmente, cinco cadáveres fueron sacados de la clínica, y llevados a la Morgue, para practicarles la autopsia. Debías haber visto aquello… Parecía que la policía se había vuelto loca, todo el mundo corría, la clínica fue rodeada… Fue una comedia perfecta, Frankie. Luego nos sacaron, nos llevaron a la Morgue, oficialmente fueron ocupadas cinco cámaras frigoríficas, y se montó una nutrida vigilancia…, mientras los que habíamos intervenido en la representación nos marchábamos tranquilamente.
—Esperemos que esa gente se lo crea Oye: ¿y si fuese verdad que ese John D Washington está en contacto con el Presidente de Estados Unidos?
—No digas tonterías. Eso fue todo una comedia de ellos para impresionarme a mí, para engañarme, y que hiciese todo lo que ellos querían.
Minello bebió un sorbo de *whisky*, y quedó pensativo, antes de murmurar:
—Por más que pienso, no consigo imaginar qué pueden estar tramando.
—Eso quizá lo sepamos cuando Simón nos diga quién es el propietario del coche cuya matrícula le facilité. El que estuvo en la villa a las cuatro y media de la madrugada. ¿Sigues sin recordar nada especial que ocurriese aquella mañana?
—No. Bueno, es cierto que algunos coches se cruzaron con Terry y conmigo, desde luego… Y también es cierto que Terry no hacía caso de eso: simplemente, tomaba fotografías. No sería nada de

extraño que hubiese fotografiado a alguien, o algún coche, desde luego.

—Tuvo que ser eso lo que ocurrió. Pero podemos despedirnos de esas fotografías, y de los negativos. Esa gente los encontró, y los debe haber destruido. Nosotros… ¡Ahí está Simón!

Había sonado la llamada, y Minello se puso en pie rápidamente, anticipándose a Brigitte.

—Yo iré a abrir. ¡Al menos, caminaré un poco!

—Está bien.

Minello regresó a los pocos segundos con Simón, que sonrió cuando Brigitte le tendió su vaso de *whisky*; lo tomó, y se sentó ante ella, en un sillón.

—Todo va muy bien —dijo—: el asunto de la Morgue no puede ser más real… Hemos tenido respuesta de la Central, respecto a ese tal John D. Washington: no existe nadie con tal nombre clasificado en nuestros archivos, ni en los del FBI, ni en los de la Policía, ni en los del Ejército, Marina, etcétera… No existe.

—El hombre sí existe —murmuró Brigitte—. Pero, evidentemente, está utilizando un nombre falso. No importa, sin embargo… ¿La villa está bien controlada?

—Por supuesto. Nadie podrá abandonarla sin ser visto y seguido. En cuanto a los que permanezcan allí, están metidos en una ratonera, eso es todo.

—Que yo sepa, hay por lo menos cinco hombres: Mortenson, Mac Craney, Crawford, Willes, y John D. Washington. El tal Willes, a juzgar por la descripción que hizo Frankie del hombre que le esperaba en su apartamento, es el que mató a Terry Dunhill, el que esperaba a Frankie y luego huyó por la escalera de incendios… Cinco hombres no son demasiados para hacer frente a un grupo de la CIA, pero —Brigitte movió la cabeza—. No sé… Generalmente, las cosas no son tan fáciles como parecen.

—¿Qué está tratando de decirme? —Alzó las cejas Simón.

—Habría que pensar algo especial para entrar en esa villa, para apoderarnos de ella. Pero, de momento, vamos a dejarlo… Todavía no sabemos a quién pertenece el coche cuya matrícula les facilité.

—Sí… Ya lo sabemos.

—Bien —parpadeó Brigitte—. ¿A quién pertenece?

—Al senador Warren Jenkins. Es un hombre de gran influencia

en el Senado, de opiniones decisorias para nuestros representantes en la ONU, y, en definitiva, persona que goza de gran confianza en la Casa Blanca.

—Un espía —mascullo Minello—. ¡Todo esto para atrapar a un cochino espía, que debe estar vendiéndole secretos a ese John D. Washington…!

—No —negó Brigitte, tras unos segundos de reflexión—. No creo que la cosa sea tan simple, Frankie.

—¡Realmente, es vulgar! —refunfuñó Simón—. Pero ¿qué otra cosa podemos pensar?

—Podemos pensar, por ejemplo, que el senador Warren Jenkins no es tonto —deslizó Brigitte.

Los dos hombres quedaron estupefactos unos segundos. Por fin, Simón dijo:

—¿Y por qué habríamos de pensar que es tonto?

—Si el senador Jenkins hubiese ido hace una semana a la villa de John D. Washington… Por cierto: ¿dónde se suponía que debía estar el senador Jenkins hace una semana, exactamente el día en que Frankie salió a hacer *footing*?

—No se suponía, sino que realmente *estaba* allí. Lo sé porque, al pedir su informe, nos ha llegado automáticamente, con sus últimos viajes y todo eso. Justamente hace tres días regresó de Texas, donde permaneció ocho días, visitando todos los complejos para lanzamientos de satélites espaciales de Houston. Y eso —parpadeó Simón, desconcertado— le excluye de nuestras sospechas.

—No, no —negó Brigitte—. Precisamente ahí quería ir yo a parar, Simón. Esta madrugada, el senador Warren Jenkins ha visitado a John D. Washington, cierto. Pero no fue él quien lo visitó hace una semana, sino otro hombre. Otro hombre que, a todos los efectos, debía estar muy lejos de allí oficialmente, pero que, durante la noche, había viajado para entrevistarse con Washington. Al regresar hacia el Sur, fue cuando Terry Dunhill debió fotografiarle a él o al coche, y ese hombre pensó que, si las fotografías aparecían en los periódicos, alguien podría reconocer su coche, y preguntarse qué hacía por allí, por donde se entrenaba aquel boxeador, cuando tenía que estar en otro lugar. No olvidemos que todo el mundo está alarmado ahora, por eso de que la CIA ha estado manteniendo bajo control a tanta gente importante del país… La CIA podía ver

aquellas fotografías, y obtener conclusiones, o simples sospechas, que la orientarían hacia esa persona.

—¿Y quién puede ser esa persona?

—No lo sé. Una persona que consideró que Frankie era un boxeador entrenándose, que pensó que la foto sería publicada, al menos en periódicos deportivos… Una persona que se asustó, y avisó a John D. Washington, facilitándole la matrícula del coche de Frankie. Una persona… entre muchas. Pero no el senador Jenkins, porque si eso le hubiese ocurrido a él hace una semana, no habría sido tan tonto de volver a visitar a Washington, utilizando de nuevo su propio coche. Ya habría escarmentado, ¿no le parece?

—Sí, sí… Entonces fue otro hombre… O sea, que puede que hayan dos traidores que le estén facilitando información a John D. Washington…

—O quizá cien. O doscientos. O mil…

Simón palideció.

—¿Quiere usted decir que ese Washington es un… receptor de información de muchos de nuestros hombres importantes en la política?

—¿Por qué no?

El ayudante de Pitzer se pasó una mano por la boca, con un gesto nervioso, casi asustado.

—¿Qué vamos a hacer? —exclamó, de pronto—. Lo conveniente sería ir a detener al senador Jenkins para…

—De ninguna manera —rechazó Brigitte—: eso sería lo inconveniente, Simón. En el supuesto de que sean muchos los traidores, no creo que el senador Jenkins los conozca, así que, deteniéndole a él, simplemente tendríamos a uno. Y los queremos todos, ¿no es así?? Pero… hay algo que no acaba de encajar en esto…

—¿Cómo que no? —saltó Minello—. ¡La cosa no puede estar más clara, Brigitte!

—¿Tú crees, Frankie?

—Bueno… Zambomba, según parece…

—Escúchame con atención, Frankie… Supongamos que tú eres un senador de los Estados Unidos. O un general, un científico, un político de cualquier clase…, y que estás vendiendo información a unas personas. En este caso, a John D. Washington. ¿Estás en

órbita?

—Sí —asintió Frankie—: soy un espía y un traidor. ¿Y…?

—¿Irías personalmente con tu coche a entregar la información a John D. Washington? Reflexiona, por favor.

Frank Minello dedicó todo un minuto a reflexionar. Simón no necesitaba tanto, pero esperó a que el periodista deportivo diese su respuesta:

—No —murmuró—. Creo que no lo haría. Supongo que enviaría la información por correo, sin darle importancia. O recurriría a cualquier otro truco, como dejarla en algún lugar convenido… No sé, algo así. Pero no me arriesgaría a esos viajes de madrugada.

—Exacto. ¿Y qué te hace pensar eso?

Minello se rascó la cabeza. Luego exclamó:

—¡Zambomba, no lo sé!

—A mí se me ocurre algo —deslizó suavemente la agente secreto más peligrosa del mundo—. Se me ocurre que el traidor, o traidores, no va a facilitar información, sino a *recibirla*. Información, o algo que no es conveniente enviar por correo, ya que la carta o el paquete, o lo que sea, podría pasar antes por otras manos que las del destinatario… Quizá, las manos de una secretaria, que posiblemente abriese la carta o el paquete. O las manos de la esposa del destinatario, que podría preguntarle cosas… Así que lo mejor es ir a buscar esa información, o lo que sea. Por arriesgado que resulte, hay que ir a buscarla personalmente.

—Sí, claro, eso parece…

Brigitte miró a Simón.

—¿Dónde está, en estos momentos, el senador Jenkins?

—En el Waldorf Hotel.

—¿En un hotel?

—Bueno, él reside en Washington, así que cuando viene a Nueva York, generalmente por asuntos de las Naciones Unidas, se aloja en el Waldorf… Esa es la información que tenemos, al menos.

—Confírmela —señaló Brigitte el teléfono—. Llame a tío Charlie a la floristería, que él llame a la Central, que la Central se entere inmediatamente de si el senador Jenkins está en el Waldorf.

—Eso requerirá tiempo… Ya hemos hecho una proeza localizando tan pronto el coche, pero…

—¿Somos la CIA o no somos la CIA? —cortó Brigitte.

Simón-Floristería sonrió, y se dirigid hacia el teléfono, descolgándolo.

—Para bien o para mal —dijo—, somos la CIA.

—No creo que haya para enorgullecerse —musitó Minello.

—Desde luego que no —admitió Brigitte—. Pero seguiremos haciendo nuestro trabajo. Porque has de saber, Frankie, que algunas veces, incluso hacemos cosas en beneficio de la patria…

Capítulo IX

—¿Senador Jenkins?

Warren Jenkins, en pijama y bata en el umbral de su *suite* en el Waldorf, se quedó mirando, desconcertado e interesado, a la hermosa muchacha de ojos verdes y rubios cabellos que estaba ante él, en el alfombrado pasillo, mirándole con gran atención.

—Sí —asintió—. Sí, en efecto.

—¿Puede recibirme?

Jenkins quedó en verdad atónito. Por un instante, pensó que podía tratarse de alguna estúpida broma, o, quizá, de la confusión de una chica mona que estaba intentando una aventura… Pero no. Sólo tenía que ver con qué seriedad y discreción vestía la preciosa rubia, y, especialmente, contemplar el fondo de sus ojos, para comprender que no había error ni broma…

—¿Recibirla? Pero… son casi las dos de la madrugada… Estaba durmiendo…

—Hoy, sí, estaba durmiendo usted a esta hora. Ayer, no. Me envía John D. Washington.

Warren Jenkins palideció y respingó. Sus ojos se momo vieron velozmente, como queriendo salirse de las órbitas para mirar a ambos lados del pasillo. Luego, quedaron de nuevo fijos en los de la rubia.

—¿Quién? No conozco…

—Si seguimos conversando aquí, es posible que alguien nos vea o nos oiga —cortó la muchacha.

—Bien… Pase.

Se apartó, la rubia entró, él cerró la puerta. Era un hombre alto, ligeramente grueso, de facciones correctas.

Debía tener cerca de cincuenta años… Se pasó las manos por la cabeza, ordenando un poco los cabellos.

—No se preocupe por su aspecto —sonrió la rubia—. Es el

normal en un hombre que estaba acostado.

—Muy amable… Bueno, no la conozco a usted, y…

—Ya le he dicho que me envía John D. Washington, senador.

—Bien… El caso es que no conozco a nadie que se llame así… No lo recuerdo, al menos.

—Comprendo sus precauciones —aprobó la rubia—. Sobre todo, teniendo en cuenta que usted no me conoce. No me ha visto nunca en la villa, pero eso es sencillamente porque hasta esta tarde, yo estaba en Canadá, ocupándome de otra faceta del asunto. Una faceta que, precisamente, ha puesto al descubierto un pequeño error que tenemos que subsanar cuanto antes. Hubo una terrible equivocación en la entrega que recibió usted hace veintidós horas.

—¿Entrega? No sé a qué…

—Senador, usted estuvo la madrugada pasada, a las cuatro y media, en la villa de John D. Washington, se entrevistó con él, recibió lo que había ido a buscar, y se fue. Esta tarde yo he llegado a Estados Unidos, he ido a ver a John D. Washington, y cuando me ha dicho lo que le había entregado a usted de madrugada, mis temores de un error se han confirmado. Por favor: tiene usted que devolverme lo que John le entregó esta madrugada. Recibirá otra cosa, a cambio —alzó la rubia el maletín forrado de raso negro.

—¿Qué otra cosa?

—La adecuada.

Jenkins se pasó lentamente la lengua por los labios, fijos sus ojos en los de la muchacha, que sostuvo, imperturbable, la mirada.

—La verdad es que no sé de qué me está usted hablando —insistió Jenkins—. Lo siento, pero no la comprendo.

—¿Ni conoce a John D. Washington?

—No… No.

La rubia frunció el ceño, y quedó reflexionando unos segundos. Be pronto, del bolsillo de su abrigo sacó una pequeña pistolita, con la que apuntó a la frente de Jenkins.

—Senador Jenkins, yo no voy a salir de aquí sin recoger lo que, por error, se le entregó a usted. Estoy segura de que John lamentará su muerte, pero me aprobará cuando le diga que usted se negó a colaborar para reparar el error. Sí en cinco segundos no reacciona usted favorablemente a mis propósitos, le meteré una bala en la cabeza. Y no estoy bromeando.

Jenkins tragó saliva, y asintió con la cabeza.

—Se lo entregaré —susurró—. Tenía que haberlo quemado ya, pero aún no he conseguido memorizarlo…

—Ya no tendrá que preocuparse por eso, pues dispondrá de nuevo material. ¿Por favor?

Warren Jenkins dio la vuelta, y pasó al saloncito de la *suite*, y de allí al dormitorio, seguido por la rubia. El senador fue al armario, sacó una de sus maletas, y, del doble fondo, unas cuantas páginas mecanografiadas, con las cuales en las manos se acercó a la muchacha.

—Ni siquiera me ha dicho su nombre —murmuró.

La rubia tomó los papeles, y dijo:

—Puede usted llamarme Baby.

Jenkins quedó tan pálido como si fuese realmente de cera. Como el más pálido de los muertos, mientras sus ojos desorbitados expresaban la sorpresa y el terror. Retrocedió un paso, su boca tembló violentamente…

—No —jadeó—. ¡No!

—Siéntese en ese sillón —señaló Baby—. Y es inútil que intente nada, señor Jenkins, porque un hombre como usted no puede ya sorprenderme.

Jenkins retrocedió, tan inseguro sobre sus piernas como si éstas fuesen de goma. Se dejó caer en el sillón, y miró a Baby, que le contemplaba con una frialdad terrible.

—¿Cómo… cómo me han descubierto…? —tartamudeó.

—Tenemos a John D. Washington. Sería muy largo de contar, pero lo hemos conseguido, finalmente. Y también tenemos a otros hombres que, como usted, han estado en contacto con él, buscando su mismo objetivo…, aunque todavía no sabemos con exactitud cuál es ese objetivo, porque tanto John D. Washington, como sus hombres, y los demás, han opuesto resistencia, y la mayor parte están heridos. También han habido algunos muertos… ¿Quiere usted ser de éstos, señor Jenkins?

—No… No.

—En ese caso, quizá será tan amable de mostrarse comunicativo conmigo… ¿Sí? A cambio de ello, es posible que tengamos cierta consideración con usted que…

—Usted no sabe lo que dice —se echó a reír de pronto Warren

Jenkins—. ¡Consideraciones conmigo! ¡Claro que no las tendrán!

—¿Por qué no?

—Porque es imposible que la CIA tenga consideraciones con nuestro grupo, en cuanto sepan lo que hemos estado preparando. Es lástima que haya fallado, pero, puesto que así ha sido, ya nada importa. Nada.

—¿No va a decirme lo que estaban preparando?

—¡Claro que sí! Si no se lo digo yo, se lo dirá cualquiera de los otros…

—¿A qué otros se refiere?

—A los que formamos parte del grupo. No me pregunte sus nombres, porque no conozco más que un par de ellos, y posiblemente sean de los que ustedes han detenido ya… De todos modos, Washington posee las listas, así que no tendrán ustedes problemas para localizarlos a todos… Sí, lo sabrán todo en cuanto abran la caja fuerte de John D. Washington. Entonces, lo sabrán todo. ¿Todavía no han abierto la caja fuerte?

—Estamos en ello. Pero mientras tanto, quizá usted sea tan amable de informarme verbalmente de sus propósitos, de las intenciones de su jefe…

—¿Nuestro jefe? ¿Se refiere a John D. Washington? Bueno, él no es exactamente nuestro jefe, sino nuestro… asesor político. Es un hombre muy inteligente. Es tan inteligente que, si se lo hubiese propuesto, sería en la actualidad el Presidente de Estados Unidos. Por eso, yo y otros muchos como yo, vamos a pedirle siempre consejos políticos, hace tiempo… Gracias a sus consejos, todos nosotros hemos ido ascendiendo en el mundo de la política nacional. Esos papeles que tienen usted en la mano, por ejemplo, contienen consejos sobre actitudes a adoptar en la próxima asamblea de la ONU. Cuando yo exponga esos puntos de vista, mi prestigio aumentará, seré cada vez más admirado… Y lo mismo los demás, en sus respectivos campos de trabajo. Usted no puede imaginarse la capacidad política de John D. Washington…

—¿Y por qué no la utiliza en su beneficio, y no en el de ustedes? ¿Tanto le pagan?

—¿Pagarle? ¡Claro que no! Bueno, es cierto que, de cuando en cuantío, le facilitamos unas cantidades, como… subvención, para que pueda dedicarse exclusivamente a pensar para nosotros. Es

nuestro asesor político, y vive bien. Y aún vivirá mejor cuando todos nosotros estemos ocupando los principales puestos políticos de la nación… ¿Lo comprende ahora?

—Me temo que no —murmuró Baby.

—¿De veras no lo comprende? Pues se lo diré… Dentro de dos años, quizá tres o cuatro, todos los que estamos utilizando a John D. Washington como asesor político, habremos alcanzado los más altos puestos de la nación. Uno de nosotros será presidente, el otro vicepresidente, el otro Juez del Tribunal Supremo, el otro…

—Lo entiendo. Y todo eso, gracias a los consejos políticos de John D. Washington.

—Naturalmente. Tendremos al país en nuestras manos…

—Y él los tendrá a ustedes en las suyas.

—¿Cómo? ¿Qué dice…?

—Que ustedes no serán más que títeres en las manos de ese hombre, señor Jenkins.

—Oh, no… Ya la entiendo a usted, pero se equivoca. John D. Washington no pretende manejarnos, sino ayudarnos. Él sólo quiere…

—Él sólo quiere dirigir Estados Unidos, sin que nadie sepa que él es quien lo hace realmente. Y ustedes son unos imbéciles, si no han pensado en eso.

—Lo hemos pensado. Pero sabemos que no es eso lo que pretende. Simplemente, nos está ayudando…

—Cuando el grupo de usted esté en el poder, no podrá sostenerse allí sin la… asesoría política de John D. Washington. Y en esas condiciones, senador Jenkins, ¿quién dirigirá realmente la política interior y exterior de los Estados Unidos? No ustedes, ciertamente. Le voy a decir otra cosa: ¿sabía usted que John D. Washington no existe?

—¿No… existe? No comprendo…

—Al parecer, no hay nadie en el país que se llame John D. Washington. Seguiremos buscando, desde luego pero puedo decirle ya que ese nombre no aparece en ningún registro nacional. ¿Le sugiere algo esto?

—No… No sé… No.

—¿No? Yo se lo diré: ese hombre no es ni siquiera norteamericano. ¿Comprende ahora todo el alcance de su jugada?

No hace mucho tuve un… caso parecido, sólo que en aquella ocasión, querían… poner una cabeza visible. Aquí es al revés: la cabeza permanecería invisible. Una cabeza que, en definitiva, dirigiría los destinos del mundo. ¿De verdad no lo entiende?

—No… Usted no sabe lo que dice… ¡No!

—¿Cuánto hace que Washington está operando?

—No sé exactamente. Conmigo, unos seis años.

Brigitte Montfort, alias *Baby*, palideció. ¡Seis años! ¿Cuánto tiempo hacía que Washington estaba controlando a otros políticos y militares norteamericanos con sus consejos? Algunos, quizá hiciese diez, o quince, o veinte años que estuviesen pendientes de él, de su asesoría…, mientras él iba eligiendo a los mejores, a los que irían ocupando los cargos verdaderamente importantes, decisorios en el país.

—Por el amor de Dios —jadeó la divina—. ¡Y protestan porque la CIA ejerce un control riguroso e ilegal!

—¿Qué quiere… decir?

—Una vez más, lo admito: la CIA es una de las grandes porquerías del mundo. Pero, dígame, senador: ¿qué es usted…, y otros como usted? No piensan en el bien común… Solamente ven que se les ofrece un camino ascendente, y piensan en sí mismo. Sólo en sí mismos. No me diga que no ha sospechado las intenciones de John D. Washington. ¡Claro que ha comprendido lo que él está tramando! Pero usted sólo ha pensado que, quizá, sea el elegido para ocupar el puesto de Presidente… ¡Warren Jenkins, Presidente de Estados Unidos! ¡Un lugar en la historia! Pero… ¿cuál sería la historia de los Estados Unidos si todo esto hubiese seguido adelante? ¿Se la imagina, senador?

—No —negó con voz ronca Jenkins—. No.

—¿Ni siquiera se ha molestado en eso? Muy bien —le echó los papeles a la cara—. ¡Tenga sus papeles, sus consejos políticos! Seguramente, son buenos, así que los vamos a aprovechar. Ahora, le diré otra cosa: John D. Washington aún está libre, no sabe que estamos a punto de cazarlo… Cuando lo hagamos, ya no podrá asesorarles, ya no tendrán ustedes su asesor político. Ya veremos entonces qué es de su trayectoria política, tan brillante hasta ahora, Pero, sea cual sea, ¡mucho cuidado!, porque el ojo de la CIA estará ya siempre sobre ustedes… Y esta vez, con razón. Adiós, senador.

—Usted… usted me ha engañado —Jenkins se puso en pie, temblando de furia—. ¡Me ha engañado, no sabía nada, nada, nada…!

—En efecto. Pero ahora, ya lo sé todo. Le agradezco mucho su información…

Jenkins lanzó un alarido de rabia, y se abalanzó hacia la bella rubia… Pero, del saloncito, aparecieron dos hombres, cuya presencia allí no había sido notada por Jenkins. Dos hombres altos, fuertes, de expresión inescrutable, que habían entrado en la *suite* cuando Jenkins y Baby pasaron al dormitorio, y que habían estado esperando las órdenes de su reina.

Y a ésta miraron, tras sujetar a Jenkins por los brazos.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó uno.

—Quédense vigilándolo. Que no se ponga en contacto con nadie, por ningún medio. A mediodía, pueden marcharse, y que el senador haga lo que guste. Puede elegir entre seguir laborando en la vida política del país por sus propios medios, o dedicarse a otra cosa… Todo dependerá de lo supeditado que él haya estado, aún sin darse cuenta, a la asesoría política de John D. Washington.

Capítulo X

John D. Washington leyó lo escrito a mano en un tarjetón corriente, de buena calidad. Alzó las cejas, miró a Mortenson, y movió la cabeza.

—Lili Connors —musitó—. No la conozco.

—Es una rubia impresionante —sonrió Mortenson—. Absolutamente impresionante. Es la mujer, más linda que he visto en mi vida.

Las cejas de Washington se juntaron sobre la nariz, en un fruncimiento de preocupación.

—A estas alturas, las mujeres han dejado de preocuparme… y de ocuparme, Mortenson. ¿Viene sola?

—Sí… Bueno, viene con su chófer. Un tipazo de hombros de gorila, barbudo, con mirada cargada de mala uva. No —negó rápidamente—. No hemos notado que el chófer lleve arma alguna… Pero podemos registrarlo.

—Será conveniente que lo hagáis. Luego, traedlos aquí.

—¿Al chófer también?

—Sí. Y tú y Willes entrad con ellos en el despacho: no quiero que los perdáis de vista ni un segundo. Y diles a Crawford y Mac Craney que se coloquen en una de las ventanas del salón, vigilando la entrada de la villa. Armados.

—Me parece todo un poco excesivo —sonrió Mortenson—, pero lo haremos, naturalmente.

Salió del despacho. Washington se quedó mirando aquella tarjeta, en la que había escrito a mano, artísticamente, con gran profusión de adornos, el nombre de Lili Connors. A mano. ¿Por qué a mano? ¿Quizá estaba de moda?

La puerta se abrió, y Mortenson reapareció. Se apartó, anunciando:

—La señorita Connors.

John D. Washington se puso en pie tras la mesa, esbozando una cordial, simpática, casi afectuosa sonrisa… mientras sus ojos fotografiaban a la rubia muchacha que entró con paso decidido, también sonriente. Tras ella, entró el chófer, un tipo alto, de hombros muy anchos, barbudo, y que, efectivamente, tenía mirada de mala uva, como si desconfiase de todo el mundo. La evidencia de que era un guardaespaldas de la muchacha no pasó desapercibida para Washington.

Pero él también tenía sus guardaespaldas… Mortenson había cerrado la puerta…, después de que él y Willes hubieron entrado en el despacho, de acuerdo a la orden recibida. Quedaron detrás del chófer, que se colocó a espaldas de la señorita Connors, mientras ésta, sonriendo de aquel modo tan encantador, se acercaba a la mesa.

—¿Cómo está, señorita Connors? —Tendió la mano Washington—. Perdone si le parezco un poco… desconcertado, pero… creo que no la conozco, no nos hemos visto anteriormente… ¿O sí?

—Sí —dijo ella—. Nos conocemos ya, señor Washington. Y uno de sus hombres también conoce a mi chófer.

Evidentemente, esto era una señal, porque el chófer se volvió velozmente hacia la puerta, y, sin más preámbulos, lanzó su pie derecho hacia las ingles de Mortenson. Fue un patadón escalofriante, brutal, espantoso, que alcanzó de lleno el objetivo. Mortenson emitió un gemido, palideció, se dobló hacia delante, y comenzó a caer de bruces, como muerto…, mientras el chófer, tras dar un paso hacia el sobresaltado Willes, le descargó un puñetazo en plena boca, tirándolo contra la puerta, en la cual rebotó, salpicando sangre a todos lados, ahogado en su garganta un grito de dolor. Aun así, metió la mano derecha en el sobaco izquierdo, en busca de la pistola. Entonces, el chófer se adelantó otro paso, y volvió a disparar su puño derecho.

Esta vez, acertó en plena frente a Willes. Se oyó el chasquido del tremendo golpe, el crujido del hueso, y Willes volvió a rebotar contra la puerta, para caer a los pies del chófer, que se quedó mirándolo, sorprendido.

—Zambomba —dijo, volviéndose hacia la rubia—, ¡me parece que lo he matado, amor de mi vida entera!

—Entonces, has llevado a cabo una ejecución, por la que pediré

que te concedan una condecoración, Frankie.

En el suelo, Mortenson estaba comenzando a moverse. El chófer se le acercó, y le disparó un punterazo a la sien que lo tiró rodando hacia el rincón de la derecha, donde se quedó inmóvil, con los ojos abiertos, fijos en el techo…

En realidad, fue todo tan rápido que cuando Washington empezó a moverse, se encontró con una pequeña pistolita a menos de dos palmos de su rostro. Una pistolita que la señorita Connors empuñaba con una firmeza que no admitía ninguna esperanza por parte de John D. Washington.

—Reconozco —dijo ella— que todo ha sido muy rápido, pero a veces hay que saber reaccionar a tiempo. En cuanto a mi amigo Frankie, está muy disgustado por el asesinato de su amigo Terry Dunhill, así que no le guarde rencor por el hecho de que lo haya vengado… ¿Usted comprende, señor Washington?

El bronceado rostro de éste había perdido aquel saludable color, porque la rubia había cambiado la voz, y la había reconocido en el acto.

—Señorita Bromley…

—Siéntese, señor Washington. Y hablemos…, Por cierto: ¿en qué idioma quiere que hablemos?

John D. Washington se dejó caer en el confortable sillón giratorio, y se pasó la lengua por los labios.

—El inglés es el idioma adecuado para nosotros, ¿no? —musitó.

—Para mí, sí —asintió Lili Connors—. Pero ¿lo es para usted? ¿Realmente?

—Supongo que sí, puesto que es el que mejor hablo.

Lili Connors entornó los ojos. Parecía estar… pesando a John D. Washington con la mirada. Sí: Washington se sintió pesado, evaluado, medido, estudiado…

—Yo hablo siete idiomas —dijo la rubia, de pronto—. En cualquiera de ellos puedo convencer a un nativo de ese país de que soy compatriota suya. Sin embargo, se engañaría. Del mismo modo que usted ha estado engañando a muchas personas. Sé que tiene muchos… clientes, señor Washington. Vienen a preguntarle cosas, o a recibir instrucciones sobre tal o cual problema político, y el modo de abordarlo, y, seguramente, resolverlo. Es usted el asesor político. ¿Se da cuenta de que, al decir esto, demuestro que estoy al

corriente de todo?

—Sí, me doy cuenta. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Trabajando. Trabajando con paciencia, pensando… Quiero la lista de todos sus clientes, señor Washington. Me refiero a esos hombres a los que, andando el tiempo, usted habría manejado a su gusto. Esos hombres que vienen a verlo de madrugada, y que se van antes de que amanezca…, a menos que una avería les retrase en su regreso a Nueva York, como sucedió hace ocho días.

—¿De qué lista habla?

—Usted la tiene en su caja fuerte. Ahora, yo quiero que abra su caja fuerte…, o yo abriré su cabeza con una bala. Elija.

—No parece que haya gran cosa que elegir. Abriré la caja… ¿Quién es usted, realmente?

—Agente Baby, de la CIA.

Esta vez, la palidez de John D. Washington fue en verdad notable. El hombre se quedó como si acabase de recibir una tremenda bofetada, mirando a Lili Connors todavía con más atención.

—A decir verdad —susurró—, estaba convencido de que usted era un… mito, una especie de invento de la CIA, para impresionar a espías de poca categoría.

—Abra la caja —dijo secamente Lili, señalando con la barbilla hacia el cuadro que John D. Washington tenía detrás.

Washington suspiró profundamente, se puso en pie, y fue hacia el cuadro en el que había árboles que crecían en ángulo recto. Lo apartó, dejando al descubierto la caja fuerte, y, sin esperar más órdenes, abrió la sólida puerta de acero, dejando visible el contenido de la caja.

—Sáquelo todo —ordenó Baby.

Washington la miró, y asintió con un gesto, murmurando:

—Lo que usted diga…

En aquel brevísimo instante en que John D. Washington la miró, Baby pudo captar perfectamente la expresión de sus ojos. Unos ojos grandes, inteligentes, de mirada directa. Posiblemente, John D Washington había sido preparado para todo menos para aquello precisamente: para ocultar la nobleza que durante años y años había estado cultivando en su mirada. La nobleza de una mirada de frente, que nada tiene que ocultar… Y en aquel instante, en los ojos

de Washington hubo como una especie de apagón, de cortocircuito. Un instante brevísimo, pues en seguida se volvió hacia la caja fuerte…

—¡Frankie! —gritó Lili Connors—. ¡Salta por la ventana!

—¿Qué…?

Lili Connors corría ya hacia la ventana, vuelto el desencajado rostro hacia su amigo.

—¡Corre! —gritó—. ¡Por Dios, Frankie, corre! ¡La ventana!

Sin dejar de correr, Lili Connors se quitó el abrigo, se lo colocó ante el rostro y pecho, y se lanzó contra la ventana, con toda la velocidad de la marcha… Los cristales saltaron en mil pedazos, y la espía salió disparada, como rodeada de miles de puntitos de luz solar… Rodó por el suelo, se puso en pie, y se volvió, desencajado el rostro, tirando el abrigo a un lado.

—¡Fra…!

Frank Minello salía ya por el hueco dejado por ella, en un salto mucho más largo, más poderoso, que le hizo rebasar la posición de la espía internacional. Rodó también, se puso en pie, y se volvió a mirarla, desorbitados los ojos… Lili Connors corría ya, alejándose de la casa, sin dejar de gritar:

—¡Corre, corre, corre…!

Minello echó a correr… Se detuvo en seco cuando Lili perdió el equilibrio sobre sus zapatos de alto tacón, y volvió a rodar por el suelo. La ayudó a ponerse en pie, abrió la boca…

—¡Corre! —aulló ella.

Se desprendió del otro zapato con un seco gesto de la pierna, y reanudó la veloz carrera, descalza, ahora sobre el césped. Frank Minello no entendía nada, salvo una cosa: cuando Brigitte decía que había que correr, había que correr. ¡Y a toda velocidad! Llegó en seguida a su altura, la asió de una mano, y continuó corriendo, corriendo, corriendo… Corriendo tan velozmente que la barba postiza saltó de su rostro…

En la entrada de la villa aparecieron varios hombres, pistola en mano, apuntando hacia la casa. Lili volvió la cabeza, y vio en la puerta a dos hombres, que, evidentemente, les estaban apuntando con pistola…

—¡No! —gritó—. ¡Al suelo, al suelo…!

¡BOOUUUMMMMMM…!

La villa saltó por los aires, convertida en un millón de pequeños fragmentos. Un resplandor rojo, mucho más intenso que el del sol por unos segundos, los envolvió. La onda expansiva de la explosión empujó a Lili Connors y a Minello por la espalda, lanzándolos hacia delante como simples muñecos, no menos de ocho o diez metros, rodando.

Y justo en ese brevísimo espacio de tiempo, Frank Minello comprendió que John D. Washington había tenido previsto, desde el primer momento, no dejarse atrapar vivo, ni permitir que nadie conociese el contenido de la caja: nombres, fechas, lugares, proyectos, designaciones de personalidades importantes para el futuro de Estados Unidos… Nadie tenía que conocer esto, nadie.

Cuando, después de rodar una vez más por el suelo, Frank Minello se volvió, y miró hacia la hermosa casa, de ésta no quedaba nada.

Es decir, muy poca cosa: restos de paredes, y, en el centro, un gran boquete humeante, del cual brotaba una espesa columna de polvo.

Todo lo demás había desaparecido, por efectos de la tremenda explosión.

Este es el final

—Entonces —preguntó Minello—, ¿no habrá modo de saber quiénes acudían a consultar a John D. Washington?

—De memento, tenemos al senador Warren Jenkins —replicó. Pitzer—. Por medio de él, conoceremos a dos o tres más, y, por medio de éstos, quizá vayamos conociendo a otros. Pero, de todos modos, no es problema: son hombres que tendrán que limitar sus ambiciones a sus propios merecimientos, y que, si llegan a ocupar un cargo realmente importante, lo harán por sí mismos, sin nadie que les dirija.

—Sí, comprendo… ¡Zambomba, qué asunto más extraño!

—Relativamente —dijo Simón-Floristería, alzando su copa de «Perignon» con guinda—. Las ambiciones políticas, sociales y militares de la gente que nos rodea son inagotables, Minello. Usted nos criticaba hace unos días. Ahora, unos hombres que no estaban bajo el control de un hombre que pretendía dirigir el país. Si ese hombre…

—Está bien, está bien —gruñó Frankie—. ¡No me fastidie, o acabaré por pensar que usted es también un buitre calvo, como este otro sujeto!

—Bueno —sonrió Simón—, creo que prefiero callarme. ¿Dónde está Brigitte?

—Arreglándose para salir conmigo. ¿Qué pasa?

—¿Van a ir a cenar?

—Y al que se oponga, le parto la cara. ¿Alguien se opone?

—Yo, no —alzó las manos Simón, riendo—. No tengo.

Peggy apareció en aquel momento, directa hacia Minello, llevando una bandeja en las manos, sobre la cual se veía un papel…

—Frankie —dijo—, hace días que llegó esto para ti, pero como no te he visto… Tengo entendido que has estado en Alaska, ¿verdad?

—Muy graciosa —farfulló Minello, tomando el papel de la bandeja—. ¡Pero que muy graciosa la niña, vamos!

Pitzer y Simón rieron, lo más discretamente posible, mirando maliciosamente a Minello, que se dispuso a rasgar el sobre… En aquel momento, Brigitte apareció en el salón.

Simón y Pitzer quedaron mudos. Minello quedó mudo, sordo, paralítico y cardíaco. El sobre escapó de sus dedos, y revoloteó hasta la alfombra…

—¿Qué pasa? —preguntó Brigitte, sonriendo.

—¡Hermosa! —gritó Minello, de pronto—. ¡Bella, preciosa, encanto, bombón, tía buena, cachonda, divina…!

—¡Alto allí! —Alzó una manita Brigitte—. ¡Con lo de divina, es suficiente! Oh, Dios mío, se nos ha hecho muy tarde, Frankie, así que tenemos que darnos prisa… ¿Qué es eso? —señaló hacia el suelo.

—¿Eh?

—Ese papel. Ese sobre…

—Es un telegrama —dijo Peggy—. Llegó hace bastantes días, dirigido a Frankie, y lo he recordado ahora, señorita.

—Bueno —dijo la divina Brigitte—, lee lo que sea, y vámonos. ¡Hoy no te perdono el caviar iraní!

—Al demonio —masculló Minello, que había leído rápidamente el contenido del mensaje telegráfico—. ¡Al demonio!

—¿Qué pasa? ¿Malas noticias?

Minello se acercó a Brigitte, y le tendió el papel, mascullando:

—Una de dos: o ese tipo no te quiere tanto como tú también le quieres demasiado… ¡Ni siquiera una palabra de celos, o de reproche por llevarte a cenar, o una amenaza, o una simple advertencia…! ¡Le digo que te llevo a cenar, y mira lo que me contesta!

Brigitte leyó el telegrama, que decía:

QUE LES APROVECHE LA CENA,

Angelo Tomasini

—¿Qué respuesta esperabas, Frankie? —susurró Brigitte.

—¡Y yo qué sé! ¡Pero al menos, alguna amenaza, o una advertencia,…! A fin de cuenta, se supone que ese tipo de Villa

Tartaruga te ama… ¿No es así?

—Así es —asintió Brigitte, dulcemente—. Y su mejor modo de demostrármelo es dejar que yo haga siempre lo que quiera, sin… asesorarme jamás, en ningún sentido.

—¿Ni siquiera en el amor? —Gruñó Minello.

—En ese aspecto —apenas se oyó la voz de Brigitte—. Número Uno sabe que nadie tiene nada que enseñarme.

FIN

Notas

[1] Ver *El diablo sopla en el Caribe*. <<